
GUSTAVO

TRAGEDIA.

GUSTAVO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Guſtavo, Principe de la ſangre de Suecia.
Chriſtiano, Rey de Dinamarca y de Noruega, uſurpador de la Corona de Suecia.
Federico, Principe de Dinamarca.
Adelaida, Princeſa de Suecia.
Leonor, Madre de Guſtavo.
Caſimiro, Señor Sueco.
Rodulfo, Confidente de Chriſtiano.
Sófia, Confidenta de Adelaida.
Othon, Capitan de guardias: y guardas de acompañamiento.

La Scena es en Stocholmo en el Palacio antiguo de los Reyes de Suecia.

ACTO I.

SCENA I.

Chriſtiano y Rodulfo.

Chriſt. Rodulfo, ¿qué me dices? aunque auſente
ſe obedecen las leyes de Chriſtiano,
y mientras q̃ Stocholmo eſtá exigiendo
mi preſencia tolera el neceſario
yugo de una regencia, Dinamarca;
la Reyna::-

Rod. Ya murió: quizá eſte acaſo
ineſperado privará de un cetro
al Monarca del Norte: del ſenado
la autoridad infiel, ſiempre celoſa,
impaciente cedia baxo el mando
de vueſtra eſpoſa auguſta; mas al punto
que vió el pueblo ſujetas à ſu mano
las riendas del gobierno; ſedicioſo
corre à la rebelion; aſi exalando
van lo menos la audacia y la impoſtura
ſus rebeldes anuncios; los mas ſacros
derechos romperá con deſenfreno
la licencia que impune va aumentando.

Chriſt. La Reyna fué la cauſa del deſorden,
ella engañó mi ódio enſangrentado
eſcuſando la muerte à los rebeldes:
ſu flaqueza produjo eſtos acaſos:
tal me ofende y reſiſte, que debiera
no eſtar en poſitura de intentarlo.
Abatida con tiempo una cabeza
quizá otras muchas no ſe habrian cortado,
pero nueſtra deſgracia aun eſtá lejos:
llenos de tu bacion y ſobreſalto
temblarán los rebeldes: ſi la muerte

es cierta (segun dicen) de Gustavo,
yo soi Rey: hasta aqui la mas dudosa
guerra por los despojos disputados
de Stenon infeliz tiene suspensos
entre nosotros los respetos gratos,
la sumision del Norte y del Imperio:
oprimido el ribal, yo obtengo el mando,
yo reino; y mi poder sin mas zozobra
se estiende hasta los limites lejanos
que al orbe circunscribe: mas, Rodulfo,
su designio ambicioso ahora dexando,
tu Rey vá à confiarse de tu zelo;
tu me has dicho el suceso inopinado
de una esposa importuna; cuyo esposo
meditaba su ruina ha tiempo largo.
Si: la muerte cruel rompió improvisa
unos odiosos y fatales lazos
q̃ bien presto un divorcio hubiera roto.

Rod. ¿Porqué razon hubieras condenado
su inocencia, Señor?

Christ. Escucha, amigo:
yo habia (lo confieso) meditado
otro nuevo himeneo; y mis ardores
que quise resistir por tiempo largo,
se hicieron mas violentos quanto siempre
procuré en el silencio sepultarlos.

Rod. Esta nueva, en efecto, me sorprende:
y yo ignoro, Señor, el soberano
objeto que honrar quiere vuestro afecto.

Christ. Crezca tu admiracion al escucharlo.
Adelaida::-

Rod. Pues què?

Christ. La infeliz hija
del cruel Stenon, esa que llanto
vierte, triste, cautiva en mis cadenas;
esa adorada amante de Gustavo
y prometida esposa à Federico,
ese unico resto desgraciado
de una sangre vertida por mi furia,
es de donde partió el ardiente rayo,
que en mi produce tan voráz incendio.

Rod. Mas si su amor, Señor, oy es tan grato
¿porque haceis esperar à Federico?

Christ. Ah! Rodufo, no vayas aumentando
con tus baldones mi sangrienta herida
justo castigo del desprecio osado
con que ultrajó mi enojo su belleza.
Escucha, pues, y compadece humano
un corazon rendido; al tiempo mismo
que los males que causa, está llorando.
Stocholmo infeliz, ensangrentada
del estrago feróz de mis soldados
en el ultimo asalto fué rendida;
Encerrando una guardia este Palacio
corriamos hácia él: à golpes de hacha
caen sus puertas: con veloces pasos
entramos, y huien todos nuestra furia:
la sangre corre; y nuestros gritos altos
llenaron del terror sus vastos muros:
moribunda en los brazos asustados
de una de sus mugeres, Adelaida
à mi vista se ofrece; su aire infausto
ocultó de mi colera inflamada
sus soberanos y divinos rasgos
que hubieran desarmado mis rencores.
De un mortal enemigo, de un tirano,
yo vi solo la hija: resto odioso
de una sangre funesta à mis estados
y à mi familia: por su fiero padre
fué muerto mi hijo en sus floridos años;
y entonces esta imagen miré solo:
yo temí la piedad demasiado
magnanima; y mis ojos mui feroces
la victima mirar no se dignaron:
tomando mi rigor un campo libre,
à una torre la habia destinado,
donde fuese guardada para siempre:
pero como estos pueblos aman tanto
la real progenie suia; fué preciso
sacrificar mi odio y sosegarlos.
Yo permiti que uniese un himeneo
à su persona; el heredero sacro
y presuntivo de mis tres Coronas,
como tal, Federico declarado:
del estado y de mi tubo la orden
de ir à hacerle el presente de su mano:
èl fué, y obedeció lleno de gozo;
pero aunque à favor suio están clamando
merito, dignidad y sangre ilustre,
y con su oferta hubiese terminado

tan duro cautiverio ; las instancias
no han bastado à vencerla por tres años.
Mi autoridad cansada de tan dura
y tenáz resistencia , violentado
la hubiera ya ; mas lleno de zozobra,
este socorro el Principe estorbando,
sus dichas alejó por aplacarme.
Conociendo por fin que era escusado
tanta blandura ; yo juzgué à mi orden
añadir mi presencia necesario.
Yo vi à Adelaida : ah ! Rodulfo amigo,
figurate en la idea todo quanto
posee de atractivo la belleza :
toda aquella violencia , los alhagos
de su edad tierna , de las bellas gracias
con que los corazones va robando
la amable sencillez : la frente triste,
un aire algo dudoso y asustado :
confusta y distraída con extremo :
rodo (hasta su desdicha) era un encanto,
y mucho mas sensible , por ser obra
de mi injusto rigor : altivo lauro
que venga à la hermosura y nos abate.
La verguenza no sé que necesarios
remordimientos causa , que deboran
el corazon mas duro de un tirano.
Así el amor formaba mi esperanza
de quanto debió de ella separarlo.
¿Mas que esperar ? ¿con que motivo justo
pude lisongearme ? era ariesgado
un divorcio improviso ; virtuoso
Federico su afecto explicó en vano :
Gustavo fugitivo era el dichoso :
yo no osé pues hablar ; y violentado
aquel fuego escondi , pero aunque oculto
se encendió mi surór mas inhumano :
temiendo una secreta inteligencia,
estrechar la prision fué necesario
à esta belleza amante , y del derecho
temible à los prescriptos abusando ;
del joven puse precio à la cabeza ,
ultimo intento triste , pero claro ;
porque para lograr qualquier empresa
son del oro infalibles los encantos :
este dia ayudado de la suerte,
entiendo que está libre y que Gustavo
ha muerto : Federico es aqui solo
el que puede dañar à mis cuidados :
yo pretendo que marche à Dinamarca,
que parta; y que el placer de serme grato
y serme provechoso ; sea el pretesto
con que yo quede libre de contrarios.

Rod. No expongais à este escollo su fiel celo :
el Principe , Señor , es adorado
de los rebeldes ; el senado y pueblo
su Rey futuro en él están mirando ;
¿y que fidelidad no titubea
con la oferta de un cetro , y mas si instado
por esta aclamacion , sospecha , ò sabe
la injuria que se hace à su amor casto ?
Añadid , que por él ya prevenidos
todos los corazones recordando
van algunos derechos que no supo
ni pudo defender , y que arrastrando
Dinamarca à su exemplo la Noruega
cubre su sacrilegio , y atentado
con capa de equidad; y despues de esto,
vos no podeis en riesgo tan estraño
ni dexar de tenerle à vuestra vista,
ni dexar de tratarle con agrado.
Que quede aqui sirviendo à la Princesa;
y puesto que él no logra ser amado,
cese vuestro temor , à vuestro yugo
la fiera Dinamarca sugetando,
y por una ofreciendo tres Coronas
sobre qualquiera que intentare osado
entrar en concurrencia ; facilmente
el triunfo será solo de Christiano ;
y gozoso vereis , Señor , que nunca
coronado un amante es desdichado.

Christ. De los tristes cuidados que deboran
mi corazon ; yo siento que lo amargo
endulza tu presencia : sigue amigo ;
tus avisos son norma de mis pasos.
Escucha , vela , instruyete , no ceses,
penetra el velo obscuro y el engaño
de esa perfida Corte : à tu custodia
pongo à Adelaida ; ház que à este Palacio

pase de su prision en que ahora gime;
mas no permita nunca tu cuidado
que hable nadie con ella; por ahora
estorbemos que sepa el fin infausto
de su amante, y carguemos de esta culpa
al ribal que queremos hacer daño:
anda pues; y pintando mi grandeza
anunciala la oferta de mi mano.

Vase Rodulfo con la guardia.

SCENA II.

Christiano solo.

Christ. De los dones que el Cielo nos prepara;
sin duda un fiel amigo es el mas raro:
ella era en vano mi unico deseo:
todos me dexan; todos muy ingratos
me aborrecen rebeldes: sobre el trono
brillante que el error me está adulando,
están de asiento las sospechas tristes
y los terrores ciegos: sus trabajos
suspende un sueño inquieto; y la zozobra
me persigue hasta el centro del descanso.
¡Quantos objetos de pavor y guerra!
enemigos vecinos y vasallos
rebeldes! los primeros ya sugetos
se miran: y los otros han temblado
de mi venganza austera muchas veces.
Ya la hidra renace, si los pasos
no la detengo al punto: esclavos viles,
temed de vuestro dueño el ceño airado.
De mi furia temblad: seré temido,
traidores, si no logro ser amado.

SCENA III.

Christiano, Federico y Casimiro.

Christ. Federico, ¿sabeis la triste muerte de la Reyna?
Fed. Señor, à vuestro llanto uno los mios.
Christ. Siempre una desgracia
trae muchas consigo: alborotado
el pueblo por su Rey os apellida.
Fed. Yo Señor? ah! creeis que fomentando::-
Christ. Principe, de quien causa una sospecha
jamás se fia, del que hubiese osado
zelos darme en tan graves intereses
el premio hubiera sido un cadahalso:
yo os conozco muy bien, y su castigo
hubiera de vos mismo confiado,
si no viese el estado triste y duro
de un amante que quieren separarlo
del objeto que ama.
Fed. A tantas honras
yo me rindo, Señor; pero ese amado
objeto es inflexible à mis instancias.
No debo importunarle; à mi amor casto
la distancia será tal vez alivio
mas que tormento.
Christ. No; os ha engañado
la desesperacion; esa es flaqueza:
mil causas me estimulan à ayudaros,
y yo quiero::-
Fed. Señor, mis pesadumbres
vais à aumentar, si usais de vuestro armado
poder para obligarla. Ah! no::- mi suerte::-
dexadmela, Señor; sed mas humano;
no persigamos à Adelaida triste.
Lagrimas y constancia he empleado,
creyendo que aliviaba sus desdichas
con este enlaze; mas si su quebranto
las desprecia; si el lazo siempre dulce,
que la une invariable con Gustavo,
el tiempo estrecha mas que debilita,
solo espero morir desesperado.
Christ. Esperád de una voz, qee aun ella ignora.
Fed. Pero que voz?
Christ. Su amor es ya muy vano;
es una sombra solo la que adora.
Fed. Una sombra! Señor; porque Gustavo::-
Christ. Ya falleció à los golpes que mi enojo

com-

compró de un asesino temerario ;
hable ya vuestro amor con confianza.

SCENA IV.

Los dichos y Othon.

Othon. Un incognito llega preguntando
por vos, Señor, y dice que os conduce
una infausta cabeza ; cuyo estrago
importa à vuestro intento.
Christ. Recibidle
con demostracion digna de tan alto
servicio : encargaos por un momento
vos de este hecho ; él me verá entre tanto :
tambien aseguradle de esta oferta.
Vase Othon.

SCENA V.

Los dichos.

Christ. Principe, vos lo oís, no hay que dudarlo ;
si es sensible à Adelaida esta noticia,
à vos debe sin duda esperanzaros :
esta muerte exigia vuestro fuego :
decidsela vos mismo, y siempre cauto
escusadme à mi de ella : en la esperanza
de gozar algun dia sus alhagos
procurád con su mano cariñosa
acabar y enjugar sus tristes llantos :
realzarle podreis vuestros servicios ;
yo la concedo en fin que à este Palacio
se restituya : haced que ella abandone
esa inutil constancia ; que ya en vano
intenta resistir à un absoluto
despotico poder ; pero si ingrato
su pecho se resiste, el poder mismo
q̃ ultraja no querrá mas consultaros. *va.*

SCENA VI.

Federico y Casimiro.

Cas. Vos conoceis, Señor, mi fiel constancia ;
permitid que yo llore de Gustavo
y de mi triste patria las desdichas.
Fed. De mi patria no es menos infausto
el destino : lloremos uno y otro,
tu à Gustavo infeliz, yo avergonzado
del vil medio con que hemos oprimido
à tan grande enemigo. Ya Christiano
triunfa, pero nos llena de ignominia.
El perfido es mi Rey, mi Soberano.
Ah ! dexando el derecho de mi sangre,
esta voz la autoriza el Cielo Santo ;
un cetro que se infama ha de romperse.
Cas. La desdicha comun y este elevado
noble lenguage indican que era el trono
vuestra precisa herencia; mas ah ! quantos
infortunios produxo el abandono
de aquesta dignidad, menospreciando
la virtud, ò ignorando muchas veces
sus derechos : con ellos un tirano
usurpador se adorna y los ultraja.
Fed. No dés, amigo, un nombre tan sagrado
à mi descuido ; solo el dulce ócio
fué toda mi virtud ; no rehusando
derechos de mi sangre evité siempre
el peso del poder, y sin quebranto
è cedido las honras peligrosas
de hacer feliz un pueblo : de tan alto
sacrificio no fuí capáz yo nunca ;
mi flaqueza es culpable del estrago
que el tirano egecuta, y por mi afrenta
del colmo de este horror me hace asociado :
no contento el cruel de una victoria
contra la humanidad, y haber manchado
la gloria de su pueblo ; no contento
con publicar que à tan sangrientos pasos
le estimularon mis amantes fuegos,
aun pretende feróz que sean mis brazos
quien la victima hiera ; que yo instruya
à la Princesa ; y dandola la mano
la pase el corazon ; mas ay ! amigo,
aunque detesto tan odioso encargo,
vamos ; yo me conozco y obedezco :
siempre de mi su amor está informado :

yo la consuelo, y su esperanza triste
funda en mi solamente, y asi el casto
amor mio la vea aun adularse:
ella penetrará mi pecho incauto,
mis ojos, mis suspiros::- ya la veo;
dexame, Casimiro, enjuga el llanto.
Vase Casimiro.

SCENA VII.

Federico, Adelaida y Leonor.

Adel. Agradable mansion, donde habitaba
el Autor de mi vida, lugar sacro,
testigo de la dicha de mi infancia;
de mis grandes abuelos real Palacio,
donde su ilustre sangre fué prescrita:
¡ò quanto vuestro afecto me es ingrato!
Fed. ¿Y porque no evitasteis su presencia?
temo que me descubra el sobresalto. *ap.*
Adel. Una dicha aparente causa un nuevo
temor, à quien tolera de un tirano
Rey la opresion: él sufre que yo vea
la claridad del dia; ¡con que agrado
le habla à una prisionera! esta mudanza
en mi espiritu causa el mayor pasmo.
¿Es este el premio de mi resistencia?
¿os habeis adulado? ¿habeis dexado
que se piense de mí que yo pudiera
ser infiel à mi gloria y à Gustavo?
Fed. No Señora, ¿vos misma habeis podido
acusar à mi amor de tan tirano?
no; sincero y submiso siempre arreglo
por la esperanza vuestra mis cuidados.
Federico, que os ama tiernamente,
y à quien no sé porque vos temeis tanto,
solo busca la fuga y los gemidos.
Adel. Ah, Señor! solo aquellos desdichados
que oprime el infortunio han de dolerse
de la agena desdicha: si en mis lazos
gemis vos, el mayor de vuestros males
aun no vale el menor de mis quebrantos.
Fed. Mi desdicha mayor solo es la vuestra;
y ojala el Cielo permitiera humano
fuese mi pena sola; mas sintiendo
mis males y los vuestros, ¿de este estado
quien no se condoliera?
Adel. Yo conozco
que os condoleis de ver mis sobresaltos;
mi prision rigurosa os afligia;
mas siendo vuestro apoyo el que ha causado
estos horrores, pude en un momento
temer que con un rasgo temerario
y astuto la piedad me figurase
dispuesta à complacer à mi inhumano
fiero perseguidor: gracias al Cielo;
mas noblemente su primor à obrado:
sin rubor gozaré su afecto dulce,
y vos siempre debeis aseguraros
de mi fiel gratitud; pero mi pecho::-
este dón ya no está mas en mi mano:
yo no soy dueño dél, y este tributo
no se debe imponer à mi amor casto;
otras virtudes antes que las vuestras
le exigieron de mi; Señor, cansaos
de una escusa que mueve vuestras quexas:
yo debo siempre ser fiel à Gustavo:
la voluntad de un padre es quien lo ordena;
y de un padre al morir; casi espirando;
contentaos, hija, (dixo) con su esfuerzo:
él me dará venganza; vos en tanto
sereis su recompensa; este orden suyo,
el amor, mi afliccion, su valor alto::-
ver aqui sus derechos, aunque hay otro:
su desdicha, la fuga à que un tirano
poder le ha condenado; ese destierro
en que mi sola imagen es su encanto;
esto todo le imprime en mi alma triste:
la vuestra es grande para no aprobarlo;
si jamás la fortuna mas humana,
si la victoria un dia à estos sagrados
lugares le conduce; de este heroe
la amistad y el aprecio serán pago
de todas las bondades que os merezco:
él respira, y asi puedo esperarlo:
vos me lo asegurais todos los dias:

él

Él me ama; vencerá su fuerte brazo;
romperá mis cadenas; qué? de males
¿solo han de estár exentos los tiranos?
los nuestros tendrán fin.

Fed. Triste Princesa!

Adel. ¿Que os mueve à compasion? ¿porque ese llanto?
¿quien lo puede causar?

Fed. Ah! vos, Señora::-
bien conoceis al Rey; vos ignorarlo::-

Adel. ¿El barbaro es capáz de una perfidia?
acabad pues.

Fed. Oh Dios!

Adel. ¿Què fiero rayo
amenaza de nuevo nuestra suerte?

Fed. Sostened su valor; Leonor, yo parto.
A Dios. *Vase.*

Leon. ¿Que nos anuncias con tu ausencia?

Adel. Ah! yo tiemblo, Señor::- ¡murió Gustavo!

SCENA VIII.

Adelaida y Leonor.

Adel. Vos, Señora, à este colmo de desdichas
me conservasteis; por vuestro cuidado
me veo en él ahora; mi horrorosa
situacion nunca puede perdonaros;
¿porque el dia que llena de cadenas
os seguí à la prision, en vuestros brazos
ya dispuesta à morir, porque (os repito)
habeis vuelto mi vida à los odiados
horrores que la cercan? ah! mis ojos
no tendrian que llorar el fin infausto
de ese hijo infeliz; mas, ¡ò esperanza!
¡ò deseo que voi à pagar caro!

Leon. ¿Y porque llorais vos quando tranquila
à su madre mirais?

Adel. Oh! que inhumano
sosiego! ¿que no prueba en este dia
ser mas fuertes de amor los dulces lazos
que no los de la sangre?

Leon. Prueba al menos,
que la larga experiencia de los años
jamás se fia de sus enemigos.
Un hijo tierno es para mi tan grato
como à vos un amante; ni un momento
quiero sobrevivirle; mas el daño
es mayor si creemos facilmente:
¿y que escrupulo harian de engañaros?
tal vez piensan con estos artificios
haceros quebrantar los mas sagrados
juramentos que os ligan.

Adel. Ay Señora!
siempre el Principe evita mis quebrantos.
Federico es sincéro.

Leon. Si Señora;
pero os ama, y quizá pudo Christiano
engañarle: tal vez fundado él mismo
en una voz que le ha lisongeado,
admitirá este error; en todos tiempos,
por boca de los pueblos insensatos,
sus fabulas anuncia la fiel fama;
sin buscar mas exemplos, ya Gustavo,
por medios tan falaces con los muertos
me cuenta; y compadece en el estrago
sangriento en que perdí su triste padre:
él publicó à su madre numerando
y llevando estas voces à su oído;
él derramó por mi los tiernos llantos
que os cuesta en este dia, por un golpe,
que nadie ha penetrado; sin embargo,
como él me podrá ver, del mismo modo
vos volvereis à verle: el pecho grato
de su adorada madre está tranquilo:
admitamos gustosas el presagio
de esta esperanza dulce y halagueña:
¿qué os diré en fin? si el gusto de lo alto
muchas veces se muestra à los mortales
en las sombras del sueño, un fuerte brazo
vengador verán presto estos parages:
esta noche yo he visto coronado
à mi hijo, triunfante, victorioso:
el Cielo, el justo Cielo habia su mano
armado de los rayos vengadores:
él estaba vestido y adornado
de la purpura real, y à sus pies puesto,
abatido Christiano, procurando
esconder entre el polvo una cabeza
indigna del Diadema, hecho el escarnio,
el horror y el oprobio de los suyos.
¿Este sueño podrá vaticinarnos

la muerte de mi hijo : no, esperemos
à Sófia ; ella dirá lo que ha pasado.
Sófia , à quien permitieron que algun tiempo
fuese à estár con sus padres, entre tanto
os instruirá de todo , y solamente
creamos lo que diga su fiel labio.

ACTO II.

SCENA I.

Casimiro solo.

Cas. Heroe de la patria, sombra augusta
y llena de dolor, Principe grande,
à quien quieren mis hados sobrevivan;
si ellos fuerzan mi ardor à que se aplaque,
si acaso le obedezco es porque espero
à mejor ocasion para vengarte.
Aqui muy presto, aqui tu mercenario
cruel verdugo debe presentarse
para pedir el premio ; mas mi espada
le dará el justo ; morirá el cobarde,
aunque fuese à los ojos del tirano
sediento de su sangre ; ya estas manos
con su muerte se hubieran satisfecho,
si el Juez de los Monarcas formidable,
el Cielo no impidiere à las profanas
manos que se salpiquen con real sangre :
sea, ò no delinquente , él solo tiene
el rayo y el poder de fulminarle.
Sufrid pues.

SCENA II.

Dicho y Federico.

Cas. Ah ! Señor, ¿qué es lo que veo?
¿dónde vais presuroso? ¿de que nacen
esos fieros excesos que os agitan?
¿qué nueva desventura?
Fed. Yo privarme
debi del gusto de volver à verla.
Casimiro ; esto es hecho : yo soy parte
del cruel Parricidio : ya instruída
está por mi Adelaida del desastre
del infeliz Gustavo. Yo no pude,
amigo , sostener la piedad grande
que me inspiraba su esperanza inutil ;
mis lagrimas bastaron à aclararle
este secreto ; su desdicha misma
vá à excitar contra mi su ódio implacable ;
que atreverse à anunciar una desdicha,
es del atróz delito hacerse parte.
Mirará mi dolor como sincéro;
ella teme à mi amor , y aun sospecharse
podrá de mi , que un triunfo tan indigno
de mi pecho produzca los cobardes
y viles sentimientos de un furioso
inhumano ribal ; pero no obstante ;
yo no la culpo ; su recelo es justo ;
de enemigos cercada en todas partes ;
una extremada pena nos deslumbra ;
aquel agravio es hijo de sus males.
Yo lo perdono , y solo me enfurezco
contra el fiero opresor , el vil infame ;
quando injusto pretende mis venturas ;
de su ciego furor me hace culpable.
A costa de su fama y mis afectos
quiere que le obedezca ; mas él hace
que crezca el ódio mas con sus instancias.
Cas. Id , pues , de la Princesa separadle :
ahora mismo la insta y la estimula
à que con vos consienta en este enlace.
Fed. Y esa es la causa de mi justo enojo.
Ya corria à su quarto en este instante
à poner à sus pies mi triste pecho
en lagrimas bañado , y à jurarle
un amor incapáz de tirania,
con que al menos quedasen sus pesares
sin este sobresalto ; mas Christiano
se habia anticipado un poco antes.
Yo le quise seguir , me detuvieron,
y aumentó mi despecho este desaire.
Esto es probar, amigo, demasiado
à un Principe irritado , cuya sangre
fuera de la equidad no reconoce
ningun otro poder , y que constante
podrá romper el yugo que tolera.
Yo de mi no respondo ; si tocarme

se intenta en lo que adoro: tantas muertes,
destrozos, injusticias y maldades,
à Federico acuerdan los derechos
que le llaman al trono.

Cas. Recobradle;
abatid al sobervio que os irrita;
sorprendedle en un tiempo que la sangre
del gran Gustavo y los demás prescriptos
colerica se eleva à los parages
donde se forma el rayo. Vuestras armas
tendrán en esta guerra de su parte
al Cielo y à la tierra; ¿mas que digo?
¿cómo podrá el tirano sustentarse?
el Senado y el pueblo ya son vuestros,
y desea el exercito ayudarme.
Manifestaos, pues, el triunfo es cierto;
mas no espereis, Señor, que del desastre
sea nunca testigo Casimiro;
ya lo fué largo tiempo de los males
de su patria: yo quiero de Christiano
arrastrar el furor; muera el cobarde,
cuyo malvado brazo le ha servido;
y si quiere despues mi vida acabe;
muy felice, si victima ser logro
de un poder ilegitimo è infame.

Fed. A Dios, yo evito una presencia odiosa;
el Asesino llega à estos parages. *vase.*

SCENA III.

Gustavo y Casimiro.

Cas. Presentar el combate al monstruo horrible *ap.*
es una muerte honrosa querer darle.
Traidor! yo no te imito, huye del riesgo,
ò defiende tus dias execrables.
Tirando de la espada.

Gust. Detente, Casimiro; abre los ojos;
repara en el objeto de tu ultrage.
Ese enojo celoso, esa acogida
para Gustavo es dulce y agradable.

Cas. Ah! Señor! ¿qué estoy viendo! ¡qué prodigio!
todos hemos llorado!:-

Gust. Levanta, amigo, vén, llega à abrazarme.

Cas. Yo mismo lo estoy viendo y no lo creo.
¿Quién no se sorprendiera en este lance?
¿qué desesperacion pudo exponeros
à este peligro? ¿vos en tal parage?
¿vos en Stocholmo? ¿en el Palacio mismo
de un barbaro que vá por todas partes
con el oro en la mano, mendigando
de un asesino el yerro formidable?

Gust. Yo conozco à Christiano, y veo el riesgo
à que me expongo; mas lisongearme
puedo aun mas que imaginas; muy en vano
habita estas mansiones agradables
el barbaro; si, alienta mi esperanza
el amor auxiliando mi corage,
y tu en mi confianza mas que nunca;
¿mas podemos hablar sin que oiga nadie?

Cas. Esto es lo mas oculto de Palacio.
Christiano rodeado de sus grandes
se halla con Adelaida, y à este sitio
no ha de venir tan presto.

Gust. Pero antes
que hablemos de otra cosa, ¿qué me dices
de mi timido amor? ¿asegurarme
podré de él sin embargo de mi ausencia?
¿es amado Gustavo?

Cas. ¿Y sospecharse
ha podido la fé de la Princesa?

Gust. En su amor confiaba; ¿mas mis males
no pudieran temer que la noticia
de mi muerte à otro amor la sugetase?

Cas. No, Señor; ella no ama, ni amar puede
à otro objeto que à vos.

Gust. ¿Te persuades
que honraria constante mis cenizas?

Cas. Vuestras desdichas mismas, vuestros males
la harian aun mas fiel.

Gust. Tu me consuelas.
Ya no conozco riesgo, no ; à vengarme
voi , amigo ; Stocholmo ya está libre.

Cas. ¿Y qué trama ha podido prepararse ?
nada he sabido , y vos la habeis dispuesto.
¿De estos secretos fieles , è importantes
solo à mi se me excluye ? ¿vuestra antigua
amistad ya no quiere mas honrarme ?

Gust. Tal era la cautela del tirano
que fingia de ti solo fiarse.

Cas. El fiarse de mi ? podeis creerlo ?
todo le es sospechoso à los infames.
La tirania es hija del recelo ;
para una alma malvada no hay pesares;
el vil abandonado à sus furores,
piensa que todos son sus semejantes,
y quando en mi favor su enojo ciego
se contiene ; si supe conquistarme
un honor que me llena de verguenza :
si yo sufro esta afrenta , celebrarse
debe el justo motivo : sin mi astucia
victimas ya serian de su alfange
todos vuestros amigos. Yo he adulado
sin rubor un injusto poder grande
que à mi voz perdonaba la inocencia,
y à mi zelo debeis el que se hallen
con vida en este punto todos quantos
creisteis ser aun mas que yo leales.

Gust. Perdona , pues , y ocupenos el gozo
de haber visto mi yerro disiparse.
Yo temia tu encuentro , y ya lo miro
como anuncio feliz de mi viaje ;
en el lazo mortal tengo la presa.
¿Conoces , Casimiro , mi corage,
mi furor y alegria ? pues repara ;
para pintaros los terribles males
de los tiempos pasados , los excesos
cometidos y atroces crueldades ;
acordemos aqui mis infortunios,
imagen muy gustosa y agradable,
que alienta à un vengador en sus designios.
Gustavo Embaxador del miserable
triste Stenon , contra el derecho sacro
de las gentes que hacia su caracter
libre de todo insulto ; entre cadenas
de un tirano probó las crueldades
en la obscura prision de un calabozo.
Yo estuve preso en él, mientras que infame
el perjuro los pueblos saqueaba ;
que temió que mi brazo procurase
defender valeroso. Finalmente,
yo me pude escapar, y fui aunque tarde
de este país , despues de cinco años
hecho el blanco de todos los pesares :
pasé bajo otro Cielo , todavia
mas enemigo , donde apenas nace
el Sol calienta apenas , è ilumina
orillas espantosas , è intratables ;
tumba del Universo , que à los ojos
disputan unos hombres mas salvajes,
inhabitable asilo en que qualquiera
fugitivo suspira por su carcel.
Sin patria ni esperanza , è ignorado
sobre la tierra anduve en el errante
por tres años continuos maldiciendo
mi vida y mi fortuna : triste amante
y enemigo muy debil. En efecto
una desdicha tan profunda y grave,
halló alguna piedad en aquel clima.
Armo las tropas , vengo, y por los mares
corro con pie ligero la ancha senda
que los inviernos asperos me abren.
Para vencer desaparezco entonces :
encuentro publicado (dignas artes
de un vil traidor) que ofrece mi cabeza
por blanco à la codicia de un infame.
Yo opongo felizmente mis ardides ;
à este intento mandé que me entregase
un Gefe su vestido , y aunque oculto
mobil asi de todos mis parciales,
marcho favorecido de este engaño ;
y Gustavo encubierto à apoderarse
llegará de Stocholmo impunemente
à favor de su astucia y de sus artes.
Yo vengo de Emisario de mi mismo :
mi deber está escrito en todas partes :
alli veo los marmoles de un templo
y un palacio , manchados aun de sangre :
allá una viuda triste y afligida,

una

una hija fiel y una llorada madre.
Todo me mueve, y todo le recuerda
à mi alma atenta el horroroſo inſtante,
en que clamando en vano por ſocorro
à ſus hijos proſcriptos, los amables
autores de mi vida perecieron.
Juzga ahora el ardor de mi corage
en ſus deſignios, quando ardiendo el pecho
en venganza y amor el mas conſtante
volvia mi feróz, è inquieta viſta
à la horrible priſion, donde la ſangre
infeliz de Stenon dejais que gima.
Junto, pues, mis amigos y parciales,
mi aſpecto los alienta, y ſus furores
à reprimir apenas ſoi baſtante.
Ellos atacar deben el palacio
en eſta noche, mientras que à auxiliarles
ſalen los Batallones à mi orden,
de los ſenos obſcuros de eſos grandes
elevados peñaſcos; eſparciendo
el terror, el aſombro y los deſaſtres.
Pero ante todas coſas; yo pretendo
de una precioſa vida aſegurarme
que cauſa mi temor: de eſte palacio
robar intento à mi adorada amante.
Eſta idea que en vano no aprobaras,
me trae ante el tirano à preſentarme,
de mi muerte eſparciendo la noticia,
cubierto con el velo abominable
de vencedor aſtuto de Guſtavo.
Algun tiempo tardé en determinarme:
lo confieſo: la odioſa y negra ſombra
de la impoſtura me turbó un inſtante;
pero penſemos que la noble vida
de Adelaida ya pende de eſte lance;
y creamos que todo es permitido
para el juſto caſtigo de un infame.

Caſ. ¿Y no temeis, Señor, que vueſtro aſpecto
el que vivis con veros le declare?

Guſt. No; porque al emplear ſus crueles iras
el barbaro conmigo, libertarme
quiſo del triſte horror de ſu preſencia;
con que deſconocido preſentarme
puedo ſin rieſgo. Pero Caſimiro;
quando para llegar haſta el parage
en que eſtá la Princeſa, es neceſario
el valor y la aſtucia; quando nadie
puede hablarla à excepcion de Federico,
yo reflexiono, amigo, ¿cómo ſabes
ſu tierno amor? ¿y quien à mi memoria
aſegurarla puede de conſtante?

Caſ. Por lo que Federico manifieſta,
ſu deſeſperacion y ſus piedades:
no buſquemos, Señor, prueba mas clara.
La deſeſperacion del tierno amante
nos manifieſta la de la Princeſa:
ſu generoſa llama igualar ſabe
el dolor del objeto à quien adora,
y no penſeis que pueden engañarme.
El ſe enoja, amenaza; os compadece,
y deteſta el apoyo abominable
del tirano: ſus miſmas pretenſiones
ceſaron deſde oy, y en el inſtante
como un delito atróz mira ſu llama.

Guſt. Eſo es tener, amigo, una alma grande.

Caſ. Y lo que mas à vos debe adularos:-
pues quanto es el ribal mas eſtimable,
es mas glorioſo el triunfo.

Guſt. Yo quiſiera
que un alma menos noble en él ſe hallaſe:
mientras menos pretende Federico,
mas debió pretender. Oh! ¡què no ſabe
la conducta alcanzar de un virtuoſo!
yo ſeria un injuſto è indigno amante,
ſi diſponiendo el Cielo de mi vida
con tan gran ſacrificio ſe adulaſe
mi amor, ò lo exigieſe: la atróz Parca
borra el cariño y el amor deshace.
El la eſtima, le hubiera ſuſpirado,
y conſiguiera en fin que me olvidaſe.
Ya tal vez:- mas mis ojos van ahora
à inſtruirſe de todo: eſtos parages
ſon ſoſpechoſos ſi nos vén en ellos:
dexame ſolo pues, y vigilante
ſigue adulando el enemigo fiero,
que es tiempo de obſervar aun mas que antes.

Vaſe Caſimiro.

SCENA IV.

Gustavo solo.

Gust. Mis ojos van à leer en lo profundo
del pecho de Adelaida: mis afanes
me hacen temblar crueles; ¿soy yo acaso
aquel Gustavo intrepido arrogante
que pretende mudar la faz del Norte?
aquel guerrero bravo y formidable,
que despreciando muertes y peligros
amenaza à Christiano; y aun à entrarse
se atreve en su palacio? un movimiento
zeloso me consterna, y aun me abate;
zeloso? ¿mas porque? yo me averguenzo:
pero ay! ausente siempre y tierno amante,
¿qué sospechas no deben abatirme?
¿mas quien llega? ocultemos un instante
tan fiera turbacion.

SCENA V.

Christiano, Rodulfo y dicho.

Christ. Si; lo confieso,
su sosiego ha irritado mi corage;
¿y qué me dices de él, Rodulfo amigo?
mas confundir pretendo quanto antes
esta incredulidad. ¿Es ese acaso
el testigo que quiere presentarle
mi cólera? ¿el que ya la infiel cabeza
del indigno Gustavo aqui nos trae?
Gust. Yo mismo, si Señor, yo: finalmente
reinais seguro.
Christ. ¿Y cómo à presentarte
llegas sin la cabeza de Gustavo?
Gust. Yo no pudiera nunca aqui mostrarme
con tanta confianza y osadia,
si en mi poder primero no se hallase
esta presa fatal. Con su horroroso
espectaculo triste recrearse
vuestros ojos podrán; en vos consiste:
haced que os obedezcan.
Christ. ¿Los disfraces
de este Gefe furioso y temerario
no han podido à tus ojos vigilantes
ocultarse?
Gust. Qualquier forma, ò figura
que él quisiese tomar para escaparse,
en el lance le fuera mui inutil
paraque consiguiera el engañarme.
Christ. ¿Dónde le hallastes? ¿en quales circunstancias
entregó ese traidor el Cielo afable
à mi venganza?
Gust. Quando vuestra vida
corria mas peligro.
Christ. ¿En que parage?
¿en que tiempo?
Gust. En Stocholmo oy mismo.
Christ. ¿A mis ojos?
Gust. Aqui, y en el instante
en que con vuestro riesgo iba el sobervio
à parecer de nuevo y presentarse.
Christ. Tu me asombras; prosigue y dime ¿cómo
has triunfado? ¿indefenso le encontraste,
ò te ha sido preciso combatirle?
Gust. Yo no debo, Señor, avergonzarme
de una triste ventaja: con el tiempo
mil pruebas os daré de mi corage,
y entonces vos vereis que quando cojo
los laureles, los cojo como grande
generoso guerrero.
Christ. Yo amo, amigo, *à Rodulfo.*
su noble audacia.
Exige en el instante *à Gustavo.*
el premio que quisieres. Yo te ofrezco
para satisfacerte mis bondades
y todo mi poder.
Gust. Mi brazo nunca
por tan bajo motivo pudo armarse.
Mal le hubiera animado la codicia:
el objeto que tuve al dedicarme
à esta accion, exponiendome à la muerte
fué el deseo glorioso y estimable
de servir à mi patria; y pues que solo
el honor ha excitado mi corage,
es preciso, Señor, que satisfaga
al honor contraído: haced que en valde
no

no sea mi esperanza.

Christ. ¿Qué pretendes?
hola.

Gust. Desempeñar en este lance
mi palabra.

Christ. Pues di, ¿qué has ofrecido?

Gust. Ya cercano à morir el miserable
Gustavo, en sus postreros desalientos
escribió este papel; y yo arriesgarle
crei poder la oferta de que oy mismo
lo entregaria en manos de su amante.

Christ. Veamos que contiene. Yo conozco
su letra, si, en efecto es su caracter.

Lee. A Dios, Princesa triste y desdichada:
la victoria no siempre está de parte
del partido mas justo: yo os servia,
muero en fin, tales son las crueldades
de mi fatal destino; mi astro fiero
no pudo desmentirse. Ya es en valde
que espereis, si aun me amais las dulces horas.
de una felicidad que llevó el aire;
vuestra quietud me ocupa en el momento
en que muero. Reinad, y en adelante
libre ya de la fé que nos ligaba,
dexad que el vencedor en ella mande.

Rep. Anda; no acabará la luz del dia
sin que Rodulfo haga que la hables.

Gust. Aun me queda otra gracia que pediros.

Christ. Y qual?

Gust. Que por obviar mayores males
à mi y à la Princesa, no me nombren
como autor de la perdida y desastre,
sino como un amigo, cuya mano::- *va.*

Christ. Entiendo: ese cuidado es de mi parte.

SCENA VI.

Los dichos.

Christ. Y bien, ¿son necesarios mas testigos?
¿dudará de Gustavo y su caracter?
¿sus ultimos avisos finalmente
la podrán someter? pero que amante
su corazon se rinda, ò me resista;
yo seré dueño de su mano amable.

Rod. Tal vez el tiempo puede::-

Christ. No, mañana,
(la violencia del fuego que en mi arde,
de este fuego que crece en el silencio,
no puede por mas tiempo sosegarse:)
sumisa, ò no, mañana soi su esposo.

Rod. ¿Y sin que para ello os embarazen
de un Principe zeloso los furores
que apoyarán algunos inconstantes
vasallos viles?

Christ. Son vanos discursos.
Yo no temo à rebeldes, ni à él ni à nadie.
Federico renuncia; osando él mismo
declararlo, no puede ya quexarse.
En quanto à mis vasallos, todo el daño
proviene de ese fuego abominable
de la guerra encendida en la Suecia.
Aqui por mi himeneo vá à calmarse
de una vez todo; allá tambien muy presto
desarmará el temor à los cobardes.
Yo perdono tu zelo: ciego adoro
à Adelaida, y no veo otros desastres.
¿Tu mismo, que la viste, estos excesos
sin injusticia puedes escusarme?
¿y qual es mi poder? dueño de tantos
sublimes atractivos ¿dilatarme
podrán las dichas unas violencias,
sobresaltos, obstaculos y males?
se trata de morir, ò poseerla:
no hay riesgos que al amor hagan contraste:
la dilacion es solo en este dia
el mayor para mi: un ribal grande
me queda que procura su sagrado,
y él se hará amar si yo pierdo un instante.

Rod. Esperad mas, Señor, de los que fieles
os servimos; mi zelo y mis afanes
procurarán que él nunca mas la vea.
La olvidará; y vuestro pecho amante
si me quiere creer no precipite
las cosas: procurad solo agradarle.
Apartad quanto pueda distraerla:
¿de que no son capaces los amantes
si irrita la violencia sus afectos?

que-

querei̇s vos::-

Christ. Si, Rodulfo, si, pues leales son mis ardores; aunque entre mis brazos debiesen sus furores señalarse; aunque perfida uniese à la ternura el ódio vengador::- ¿mas que asustarme podrá en el seno de la virtud misma? tendré su fé; yo reyno y soy amante. ¿Piensas tu que los vinculos sagrados inutiles serian? los Altares son entonces los limites del ódio. De Rey y esposo el nombre es muy bastante à desarmar la ira. El himeneo tienes leyes, y el trono mil brillantes gloriosos atractivos: uno ù otro puede ser que su colera desarme; hace poco que tu la permitias à mi llama poder lisongearse. De un coronado amante relevabas los derechos; y amor al escucharte à los Reyes prestaba la obediencia.

Rod. Ni tampoco he llegado à figurarme que inflexible Adelaida sea siempre. Con la maña, el respeto y algun arte se rendirá tal vez; si à Federico desecha y no consiente en este enlace; no la culpeis.

Christ. Y quién?

Rod. Leonor podria::- ¿conoceis à Leonor y à su caracter?

Christ. Esa si no me engaño, es la sirviente que en el dia que entré en estos parages anunciando destrozos, sostenia entre sus brazos casi ya espirante à la Princesa.

Rod. Y es tambien os digo vuestra enemiga fiera è implacable. Ella, Señor, anima à la Princesa en los resentimientos que nos hace à cada paso ver: yo he comprehendido sus discursos, y no puedo engañarme: mas añado, que no es la que se piensa: en ella se descubren ciertos aires, que à pesar del disfráz nos manifiestan ser por su orgullo de distinta clase, superior al estado à que se humilla: vos conoceis mi fé y mis lealtades. Por guia me elegis en vuestro intento; separad os advierto en este lance à Leonor de Adelaida.

Christ. Eso seria irritarla, queriendo que se aplaque: sin embargo el aviso no desprecio. Yo imploro tu prudencia en esta parte; observalas de cerca, y si es preciso por poco que tu en ellas observares, separarlas podrás en el momento. Anda, pues, advertido; pero antes por mas fieros que sean los peligros à que me exponga un repentino enlace, corre al templo; que todo se disponga para mañana. Instruye de mi parte de Stenon à la hija; pero oculta el esposo: hasta el pie de los Altares yo mismo debo ir à conducirla, y en ellos hablaré como arrogante, absoluto y despotico Monarca.

Rod. Vos lo podeis, Señor; mas si leales::-

Christ. No mas consejos, no, ni mas demoras: yo lo quiero, obedece: al punto parte.

ACTO III.

SCENA I.

Adelaida y Sófia.

Adel. En fin, amada Sófia, sin embargo de tus miserias, tu te consolabas en brazos de tu padre, à ti este alivio te han concedido; pero por tus ansias y tus suspiros veo que ahora vienes de saber la mayor de las desgracias.

Sòf ¿Porque no ha sido esta prision horrible mi sepultura? menos desdichada yo no hubiera sabido los atroces males que todavia sobresaltan à la naturaleza.

Adel. ¿Asi en la sangre nuestra se sacia la enemiga saña? ¿el feróz hierro de los vencedores

na-

nada quiere omitir en su venganza?
Sóf. Ellos por todas partes han dexado
horror, destrozos, muertes. De su rabia
formamos una imagen imperfecta.
Esta Ciudad ilustre y desgraciada
es un monton funesto de ruinas
en que intentan los ojos encontrarla,
y no lo logran aunque lo estén viendo.
Ya se acabó Stocholmo, ya apagadas
están sus bellas luces y hermosura:
un desierto ha quedado, una campaña
recinto lastimoso, en que los Heroes
que perdonó la guerra encarnizada
à manos del Verdugo perecieron.
Mi padre fué uno de estos, mi desgracia
lo ha podido entender; mas nadie sabe
donde reposa su ceniza elada;
y esto es decirme que en su triste suerte
se ha estendido el encono y la venganza
mas allá de la muerte.
Adel. Era tu padre,
querida Sófia, amado de la patria:
para olvidar su muerte tén presente
su heroica vida, sigue la constancia
y los consejos con que pretendias,
sosegár mi dolor quando lloraba
al mio: pero ay! tus infortunios
son comparables con mi pena amarga;
mira à el amor y à la naturaleza
gemir à un tiempo. En fin, Sófia estimada,
nada me ocultes; dime, que imaginas;
creeras à Leonor? ¿respira, habla
¿todavia su hijo?
Sóf. No, Señora;
su muerte es una cosa averiguada.
Adel. Cruel! ¿y qué testigo lo asegura?
Sóf. El asesino pide con instancia
el premio de su muerte.
Adel. Un mismo golpe
dos veces en un dia me traspasa.
Sóf. Y lo que mas aumenta nuestras penas
es la esperanza alegre que adulaba
sus armas invencibles; justo el Cielo
ya auxiliaba los golpes de su espada.
De triunfo en triunfo se abanzaba pronto
hácia nosotros; y nuestras desgracias
lo esperaban al fin de su carrera.
En esta situacion la fiera saña
de una asesina mano le detuvo
su velóz curso, y arrancó la palma
y la apreciable vida à nuestros ojos
al heroe defensor que ya la fama
victorioso creia: convencida
su lastimada madre en fin se halla,
y abatido su animo à este golpe
tan cierto y tan sensible.
Adel. En nuestras ansias
no nos desconsolemos mutuamente:
vete, pues; à las dos es necesaria
la soledad.

Vase Sófia.

SCENA II.

Adelaida sola.

Adel. ¿Y mi dolor profundo
con esta triste nueva no me acaba
el resto desdichado de mi vida?
¿así, pues, la virtud cede postrada
al delito que triunfa impunemente?
¿ya mi horror ha cesado? ¿mi esperanza
se acabó de una vez? ¿se han agotado
en mi (ò Cielo!) los golpes de tu saña?
¡ò muerte! ¡ò dura suerte! unico asilo.

SCENA III.

Adelaida y Leonor.

Leon. ¡Ay hija mia!
Adel. ¡Ay madre desdichada!
Leon. Yo en fin sin hijo y vos sin vuestro esposo,
nuestro solo recurso en tal desgracia
son estos dulces nombres.
Adel. Las primicias
ved de la libertad tan deseada.
Leon. Y el anuncio creido de los Cielos.
Adel. ¡Presagios engañosos!
Leon. Nada, nada

pue-

puede ya liſongear nueſtros deſeos.

Adel. ¡O Guſtavo! ¡ò mi ultima eſperanza!

Leon. ¡O mi hijo querido!

Adel. En eſta triſte
habitacion de penas y deſgracias
ſolo tenemos el dicho alivio
de mezclar nueſtras lagrimas amargas.

Leon. No lo olvideis jamás; que en vueſtro pecho
viva ſiempre; vereis que mi conſtancia
ſobrevive al dolor por conſolaros.

Adel. Si: él vivirá en mi pecho. Qué? ¿olvidada
eſtais vos de los titulos auguſtos
que harán eterna mi infelice llama?
¿os olvidais, Señora, en eſte triſte
momento que yo lloro ſu deſgracia
el titulo de amante y tierna eſpoſa?
mi padre le nombró deſde mi infancia
mi eſpoſo, y deſde entonces uno y otro
unimos nueſtra fé con ſu palabra.
Quando dexó eſte Principe adorable
eſte lugar funeſto; eſta tan grata
memoria enterneció ſu deſpedida,
aunque entonces apenas yo llegaba
à mi ſegundo luſtro, las cadenas
ha doblado ſu auſencia en mi conſtancia.
Eſperando otros nudos mas ſolemnes
crecia ſiempre mi felice llama
en vueſtros tiernos brazos maternales.
Yo lo veía en vos, ſu madre amada
era la mia, y mi amiſtad ſincéra
mutua la ſuya ſiempre imaginaba.
Vos miſma cultivaſteis en mi pecho
tan dulces ſentimientos, mis conſtancias
os daban libre campo; y vos, Señora,
¿os hariais creer quando la Parca
me le ha robado, que de mi memoria
algun objeto nuevo le borrara?
¿y quien ſerá capáz? nunca à mis ojos
aunque adornado de virtudes tantas
ha ſido mas odioſo Federico.

Leon. Es dicha nueſtra que ſu ardiente llama
viendo nueſtro infortunio ſe reprima:
aun tambien del tirano las inſtancias
parece que abandonan los deſignios
en que ſu furór ciego ſe obſtinaba.
Yá el inhumano no uſa como antes
de amenazas, y veo que las anſias
vueſtras y vueſtro aſpecto lo conmueven.
Ya cesó aquel ardor que demonſtraban
ſus tiranias. Ah! ſu fiero orgullo
à ſu grandeza obſtaculos no halla:
ceſando ſu temor ceſa ſu ódio.
En mi ſangre infeliz ſu feróz rabia
ſe debia ſaciar, y con ſu precio,
yo, Señora, he adquirido à vueſtras anſias
la triſte libertad, de que à mi hijo
un ſacrificio hagais de vueſtra llama.

Adel. Eſperemos mas bien alguna adverſa
orden cruel; ſu furia temeraria
es temible à el aſpecto del miniſtro.

SCENA IV.

Rodulfo, Leonor y Adelaida.

Rod. No, Señora; ya el Rey deciros manda
que à agradaros aſpira ſolamente;
en beneficios ſu rigór ſe cambia.
Oy miſmo en que las coſas ván tomando
un ſemblante apacible, ſe prepara
à reparar los males que os oprimen,
à que la ſangre de Stenon confiada
recobre ſus derechos y la dicha
corone los trofeos de ſus armas.
La guardia que os rodea no es la ſuya.
Por Reyna eſte palacio ya os aclama:
mandád en él, Señora, y mas tranquila
ſubid al regio Solio en que las altas
virtudes os colocan con mas juſto
motivo que la ſangre.

Adel. Si la ſaña
de tu dueño ſe mueve con el llanto
que me hace derramar; ſi en tal deſgracia
pende mi alivio de ſus beneficios;

ſi todo eſte palacio me proclama;
ſi en fin yo mando en él, que en el inſtante
me permitan dexarle; la venganza
y el horror en ſu ambiente ſe reſpira:
aquellos negros climas que ſeñalan
limites à eſte Imperio, en que ſe mira
naturaleza caſi deſmayada
lejos ſiempre del aſtro luminoſo
del dia, es la manſion que mi deſgracia
pide para ſu aſilo y ſu repoſo
à tu dueño cruel: mas no eſtas playas
ni eſte lugar manchados con la ſangre
de mis progenitores; que ſu rabia
me mande abandonar en ſus deſiertos
lejos de ſu preſencia aſegurada,
todo ſe lo perdono.

Rod. No, Señora,
preciſo es que os armeis de la conſtancia.
¿Porque me hablais de iros à eſos climas
barbaros, ſepultando la eſperanza
de vueſtro pueblo? haced que la triſteza
ceda à la obligacion: en vueſtras anſias
à la flaqueza venza vueſtra gloria:
ya deponen, Señora, à vueſtras plantas
de la victoria el fruto: vueſtro padre
ſolo un cetro os dexó, pero adornada
con un honor comun fuera humillaros.
La fortuna maneja las deſgracias
paraque ciña vueſtra heroica frente
triplicada Diadema; mas la paga
ha de ſer vueſtra mano, y los Altares
preparados eſtán para mañana.

Leon. ¿El barbaro miniſtro de los fieros
perſeguidores nueſtros, tan tiranas
ordenes inſpirarles ha podido?
ſumiſos al miniſtro aunque él no haga
mas que el obedecer, ſino procura
advertirles de todo, no es ſu infamia
quien les hace traicion. Hablemos claro,
dexemos los ardides, que con capa
de honor encubren feas injuſticias;
del fiero vencedor la vigilancia
al termino llegó de ſus maldades;
él pretende gozar en páz las altas
primicias de ſu fruto peligroſo.
Eſte enlace que opone ſu jactancia
à el ódio de los pueblos ſiempre ha ſido
la politica aſtuta, en cuya baſa
fundan ſus ſemejantes los engaños.
¿Pero que tiempo eſcoge ſu arrogancia
para formar los nudos? que à lo menos
uſe de la prudencia ſu vil ſaña;
no fueſe generoſa, que inſultando
bajamente à las lagrimas amargas
de la Princeſa ceſen ſus rubores,
ceſe ſu humanidad y ſu eſperanza.
Qué? deſprecia el ſobervio los furores
de un pueblo fiel que idolatra declara
ſu afecto por la ſangre perſeguida?
¿qué por primer trofeo de la rabia
en eſta horrible fieſta la cabeza
de Guſtavo verá alli preſentada?
ah! eſos fieros deſpojos, eſa triſte
cabeza, nueſtra pena, llanto y anſias
ſean al Neron del Norte juſto origen
de eterno ſobreſalto.

Rod. Leonor, baſta:
reprimid el furor que ya es inutil.
Del vencedor la autoridad ſagrada
tranquila la vereis en adelante.
Expueſta en eſte ſitio la truncada
cabeza del vencido, en ſu preſencia
deben temblar las ſedicioſas almas.

Leon. ¡Oh Cielo vengador! ¿cómo es poſible
que ſufra tu juſticia las deſgracias
y las injurias de tan gran vencido?
¿eſos nombres ſe dán à los que mandan
vilmente aſeſinar? ah! temerario!
nombrando al yerno de Stenon repara
ſu ſagrado caracter; ſobre todo
dirigiendo à ſu madre tus palabras.

Rod. ¿Vos ſois ſu madre? qué?

Adel. ¿Eſte horror nuevo
à mi ſuerte infelice le faltaba?

vos habeis pronunciado la ſentencia
de vueſtra muerte.

Rod. No : pues el Monarca
ſolo buſca los medios de agradaros;
de ſu vida reſpondo : ſi tan grata
os es, Leonor, ſu vida no peligra;
ſufrid ſolo que aparte de las aras
un teſtigo como eſte, y conteniendo
el dolor con que ciega ſe arrebata
pueda mi obligacion en eſte dia
ſepararla de vos.

Adel. ¿Y quién lo manda
ſepararnos, cruel?

Rod. Yo debo hacerlo
por vos y por mi Dueño : ola, guardias?

Adel. ¿Es eſte mi poder? ¿qué hacer intentas?

Rod. Yo os ſirvo, mi obediencia en nada
os falta.

Leon. A Dios, Señora, à Dios : eſte retiro
de una muerte que anſioſa deſeaba
hará que ſe apreſuren los momentos.
El tirano ofreciera à mi conſtancia
en vano ſu poder.

Adel. Entre mis brazos
un aſilo tendreis, pues animada
de los vivos dolores que padezco
en ſus debiles brazos, y mi rabia
ſabrá bien defenderos de los ſuyos.
Mas que? ¿vos me dejais deſconſolada,
confuſa y afligida? ¿qué, à mis brazos
ſe niega aſi una madre deſdichada?

Leon. ¿De qué os quejais? pues bien, yo los recibo
por la ultima vez; honrád mis anſias
con ellos; pero al menos que los mios
pueda comunicaros mi conſtancia.
Que no os abata no la reſiſtencia.
¿Qué ſocorro eſperais de nueſtra infauſta
infelice amiſtad? nadie conoce
aqui el reſpeto : la piedad ſe halla;
nueſtro ſexo y decoro ſon muy vanos
privilegios; la ſuerte declarada
à ſacrilegas manos nos entrega.
¿Pretendeis deſarmar ſu fiera rabia
con inutiles gritos? opongamos
el menoſprecio à indignidades tantas;
que el vueſtro mas que nunca en eſte dia
ſe manifieſte, y quede ſepultada
la eſperanza fatal con que os adulan.
Contra vos nada puede la vil ſaña
de Chriſtiano, que teme al pueblo inquieto;
à quien oſa tratarnos como eſclavas.
Habládle como Reyna y como viuda
de Guſtavo : pedidle la ſagrada
ſangre de vueſtro padre y vueſtro eſpoſo:
lloradlos, y lloradme con conſtancia :
vengadlos, y vengaos. Yo entre tanto
de vos no creeré eſtár ſeparada,
ſi conſtante à clamar que habeis jurado:
vos lo ſereis::- mis voces ſe adelantan
à ofender vueſtra fé demaſiado :
vos ſereis fiel, (eſtoi aſegurada)
à Stenon, à mi hijo y à mi miſma:
à Dios. Ház tu deber, Rodulfo.

Rod. Guardias,
conducidla.

Vaſe Leonor con la guardia.

SCENA IV.

Rodulfo y Adelaida.

Rod. Otra mano mas excelſa
ſabrá bien dirigir vueſtras piſadas,
por un rumbo mas cierto y mas ſeguro.
Contra el hijo la madre temeraria
no alcanzará el trofeo. Nada quiere
de vos, Señora, que ſus tiernas anſias
no la hayan exigido, y por lo menos
ſi vos menoſpreciais las ſoberanas
ordenes del poder de un tierno amante,
con vos no ſerán vanas las inſtancias.
Para vos ha dexado de ſu mano
un villete, en el que vereis os habla
de eſte modo, que os digo. De los ſuyos
es quien le trae; pero hácia eſta ſala

ya

ya le traen : aqui con él os dexo, *vase.*

SCENA VI.

Gustavo y Adelaida.

Gust. Quanto temia he visto : su inconstancia *ap.*
vá à romper unos nudos que detesta,
y mi memoria extinguirá en las aras
que se están preparando.
Adel. Acercaos:
Sin volver los ojos à él.
yo conozco el temor que os sobresalta ;
mi presencia os recuerda un triste amigo,
cuya muerte causó la demasiada
pasion, con que miró mis intereses :
sin mi nadie su vida deseara.
Gust. En esa parte su desdicha es digna
de la mayor envidia : porque nada
para vuestros vasallos es mas dulce
que pelear y morir por vuestra causa.
Gustavo, lo confieso, aun mas podia
pretender ; él creia que::-
Adel. ¿Una carta
teneis para entregarme ?
Gust. Si, Señora.
De horrores rodeado, y de las ansias
de la muerte, libró à vuestra persona
del juramento fiel que os obligaba :
los ultimos esfuerzos de su afecto,
y excesivo cuidado se señalan
en volveros la fé.
Adel. Ay que superfluos
dolorosos esfuerzos que su llama
Abre la carta.
debió escusarse ! suya es ; oigamos
de un amante que fué la voz infausta.
Lee. Y ya es en valde
que espereis, si aun me amais, las dulces horas
de una felicidad que llevò el aire :
vuestra quietud me ocupa en el momento
en que muero. Reinad, y en adelante
libre ya de la fé que nos ligaba,
dexád al vencedor que en ella mande,
Rep. Que Adelaida perezca muchas veces
antes de consentirlo : desdichada !
vé aqui el fatal decreto en que se funda
barbaro Federico ! ¿estas tus ansias
son ? ¿estas tus virtudes ? ¿esperando
tu ribal con su muerte te adulabas ?
esta confesion triste de mi muerte
arbitro no te hacen : sus palabras
mas que un titulo seante un exemplo:
en vano lisongeas tu esperanza
con titulo tan debil. De Gustavo
será este corazon que su fiel llama
ha querido ceder : ¿pudiera nunca
yo misma descender desde las altas
virtudes de este heroe desdichado
hasta su abatimiento ? mi constancia
le debe à sus cenizas todo quanto
ha obrado en mi favor, en mi desgracia
despreciando un reposo que no encuentro.
Yo le quiero seguir à las moradas
donde su triste amor le ha conducido :
mas de nuevo volvamos à la infausta
noticia que exigiendo están mis males.
Decidme::- ¡mas que veo ?
Gust. Oh Adelaida !
Adel. ¡Dónde estoi !
Gust. En los brazos de un amante
que solo para vos su vida guarda.
Adel. Ah! lo conozco, y à mi esposo abrazo.
Gust. O dulce nombre, que à mi amor le paga
con usura los males y desdichas
que creyó que à su colmo ya llegaban.
Adel. Y tu quieres colmar los infelices
que yo sufro : cruel, solo aguardaba
una muerte, ¿y me vienes con la tuya
à que sufra otras mil ?
Gust. No ; de una carta
el sentido capcioso os ha engañado :
si cedo al vencedor la fé sagrada
que me habias jurado es porque solo
soi yo aqui el vencedor : mi gente armada
sitia à vuestros verdugos y los mios,

y ſus cabezas pagarán bien cara
toda la ſangre::-
Adel. Ah! ¿ſabeis acaſo
en que ſitio os hallais? temed la rabia
de eſe tirano, rezelaos, no eſcuchen.
Guſt. Nadie puede eſcucharme en eſta ſala
ſino vos: Caſimiro nos ayuda,
y à la parte de afuera eſtá de guardia.
Adel. ¡Y no haber diſipado mis horrores
quando entraſteis, haber hecho mas larga
la cruel duracion de mis deſeos!
dexar correr mis lagrimas amargas
con la ficcion!
Guſt. Señora, vueſtro llanto
de la dicha mayor me aſeguraba:
la paz reſtituían a mi pecho
que le hicieron perder las inhumanas
ideas de unos zelos amoroſos;
ideas que al preſente mi conſtancia
confieſa por delito; pero entonces
de ellas no pudo eſtár libre mi alma.
Nueve años de auſencia; la noticia
de mi muerte, el amor y las inſtancias
de Federico, un templo finalmente
en que ſu dicha ya ſe preparaba::-
Adel. Ah! que un momento antes mi amor tierno
à eſos injuſtos zelos preſentara
un teſtigo muy fiel.
Guſt. ¿Y qué teſtigo
mejor que lo que han viſto ahora mis anſias?
Guſtavo ha penetrado vueſtro pecho;
no penſemos ya mas que en las hazañas
con que borrar pretende ſu delito.
Eſta noche reinais; mi fuerte eſpada
vá à vengaros: el rayo formidable
cae ſobre Chriſtiano y ſu vil ſaña;
aun antes de eſcucharſe la tormenta
el golpe mucho menos ſe tardara
ſin el cuidado de los dias vueſtros.
De vos procuraria ſu atróz rabia
hacerſe dueño, y ſu cruel cuchillo
amenazando vil vueſtra garganta
à nueſtros miſmos ojos arrancado
hubiera de la mano nueſtras armas.
Deſarmemos ſu colera ſangrienta,
que diſponer no pueda ſu arrogancia
del fruto que apetece la victoria.
Es importante el uſo de eſta eſcaſa
libertad que oy os dán: aprovechemos
ſin mas demora eſta feliz ventaja.
En el inſtante que la noche obſcura
cubra con ſu funeſta y negra capa
eſtos lugares, procurad vos miſma
hallaros en el portico que baña
el mar y dexa libre ſu refluxo.
El heroico valor alli os aguarda;
en aquel punto empiezan mis trofeos
y los vueſtros; vereis que à vueſtras plantas
ofrezco à él aſeſino que furioſo
inmoló con ſangrienta y cruel eſpada
à los autores de los dias nueſtros.
¿Vos llorais? ¿qué teneis? qué? de mis armas
el ſuceſo dudais?
Adel. No; yo os conozco:
mis lagrimas no ſon por vueſtra cauſa.
¿Qué no ha hecho y no hará vueſtro ardimiento
animando el amor vueſtra conſtancia?
pero al furioſo y barbaro enemigo
de quien tanto temeis la feróz rabia
aun le quedan rehenes muy precioſos.
Guſt. Haced que ſe le aviſe ſin tardanza:
mas, Señora, ¿quién es?
Adel. Eſe teſtigo
que yo quiſe oponer à vueſtra llama
zeloſa: una cabeza muy querida
de vos, y vueſtra eſpoſa deſdichada,
vueſtra madre.
Guſt. ¿Pues que? mi madre vive?
Adel. A la triſte priſion en que encerrada
he eſtado haſta el preſente, Leonor pudo
ſeguirme, y ocultandoſe con maña
no ha ſido conocida en mucho tiempo.
Pero en fin la noticia confirmada
de vueſtra muerte en ſu dolor extraño
no ſupo contener ſus tiernas anſias.
Ella miſma, Señor, ſe ha deſcubierto,
y en la torre tal vez apriſionada::-

***

SCENA VII.

Gustavo, Casimiro y Adelaida.

Cas. Yo descubro, Señor, à Federico,
que aqui se acerca: huyamos sin tardanza.
Gust. Ah! Casimiro, ven, sigue mis pasos.
La noticia::-
Adel. Señor::-
Gust. Quedaos, basta:
calmad, Señora, vuestro sobresalto,
y en el sitio aplazado no hagais falta.
Adel. Todo vais à arriesgarlo, pretendiendo
emprender mucho: el credito y la fama:
dexadme à mi implorar de Federico::-

SCENA VIII.

Adelaida sola.

Adel. ¿Donde corre su furia temeraria?
¿donde estoi? imprudente: ¿qué le he dicho?
¿mas que debia hacer mi pena extraña?
ò fatal dia, que sucesos tristes
terminarán tus horas desdichadas!

SCENA IX.

Adelaida y Federico.

Adel. Señor, si vos me amais::-
Fed. Tranquilizaos,
y no ultrageis mis amorosas ansias;
infaustas no serán: de un himeneo
la pompa inutilmente se prepara:
desdichado su autor: si; pues que fiero
el barbaro resiste à mis instancias:
furor contra furor sabré oponerle
el honor, vuestro alivio; ved las santas
leyes que yo obedezco: yo no habria
triunfado en vano de mi triste llama:
este esfuerzo me cuesto demasiado
por no perder su fruto; sin tardanza
es preciso, Señora, que esta noche
me sigais y partamos; preparada
la flota solo espera mis preceptos,
la fortuna, los vientos, la venganza,
los corazones todo nos convida:
yo tardé demasiado: Dinamarca
me avisa las cadenas que el olvido
de mis derechos pudo acarrearla.
Vuestras desdichas y las suyas propias
son mis delitos; ya demasiadas
victimas estas son para ese monstruo
odioso; y es preciso libertarlas
de un yugo intolerable confundiendo
de un cruel tirano la inflexible rabia.
Sed vos dichoso mobil del designio.
Para el logro de empresa tan vizarra
aceptad un asilo, y del cuidado
que anima por vos, en fin renazca
la dicha de los pueblos y mi gloria.
Adel. No, Señor, respetar deben mis ansias
ese asilo ofrecido; pero nunca
yo puedo permitir que por mi causa
nazca alli una discordia, de quien todos
el tizon detestable me llamaran.
Mas, Señor, entre males tan acerbos
en vos solo se funda mi esperanza:
si aun lo ignorais, Leonor está perdida;
haced que me la vuelvan sin tardanza:
de la suya mi vida está pendiente.
Fed. Las voces que corrian yo trataba
de fabula. En efecto ¿es Leonor madre
de Gustavo?
Adel. Pensad quanto Adelaida
la debe amar por esa razon misma;
y el precio de aquel tiempo que se tarda
conmigo vuestro amor; si antes que llegue
la noche consiguiese vuestra instancia
que ella vuelva à mis brazos::- si yo obtengo
esta seguridad de vuestras ansias::-
¿mas de mi gratitud debo yo hablaros?
la magnanimidad sola le basta
à quien busca la gloria, y hacer verla
es su primera y mas ilustre paga.

AC-

ACTO IV.

SCENA I.

Christiano y Rodulfo.

Christ. De este modo pretende mi venganza
subir hasta el origen del desprecio
que à mi poder supremo amenazaba;
esa misma Leonor cuyos esfuerzos
osan contrarrestarlo, con su vida
lo ha de expiar, ò hacer que cese luego.
Retratará su audacia, ò de mis justas
sangrientas iras sentirá el efecto.
¿La has intimado ya su fatal suerte?
Rod. Delante de sus ojos está puesto
el horrible aparato de la muerte;
mas yo esperaba que su altivo pecho
se moviese à la vista del suplicio
paraque aqui viniese en el momento.
Christ. Y dime de la dicha que desprecia
Federico, ¿con que ojos está viendo
la prevencion?
Rod. Señor, nadie conoce
si cede, ò si resiste à el voráz fuego
que le consume: en esta misma noche
partir debia, pero en el momento
se revocó la orden, animado
de otros cuidados aunque siempre lleno
de confianza: inquieto, è impaciente
ahora os buscaba; pero mis anhelos
en vano han pretendido libertaros
de su importunidad. Pero muy presto
llegará à este lugar.
Christ. Es necesario
tarde, ò temprano oirlo; ¿mas del pueblo
quales son sus discursos?
Rod. De la muerte
de Gustavo aun no cree los sucesos;
Señor, ò prontamente manifiesta
que se hizo, ò de esta duda (yo os lo advierto)
temed mañana algun siniestro caso.
Christ. Yo ignoro las razones que pudieron
mover à Casimiro à rebatirme.
Esta sospecha que tu leal zelo
ahora mismo pretende confirmarme;
si paraque se apague el fatal fuego
que el error perpetuó à los rebeldes;
su idolo abatido presentamos
en la publica plaza en que leída
fué la sentencia de Gustavo muerto;
que parezcan los miseros despojos.
Anda à tomarlos de su altivo y fiero
enemigo, y despues à su presencia
haz que venga su madre con secreto.
El Principe ya viene; anda, Rodulfo,
y vuelve pronto, paraque su aspecto
me libre de un discurso tan odioso.
Vase Rodulfo.

SCENA II.

Christiano y Federico.

Fed. Vos pretendisteis que mi amante fuego
los llantos enjugase à la Princesa,
y en este dia de dolor observo
que se le va à privar del solo alivio
que tenia en sus males. Qué? ¿aun no es tiempo
que el vencedor à conquistar empieze
por amor y clemencia los afectos?
todos sus pasos notará con sangre:
¿no os cansais de los gritos y lamentos
de tantos infelices? à Gustavo
habeis vencido: (ojalá este negro
triunfo se olvide para nuestra gloria
del mundo en los Anales) en efecto,
muerto Gustavo todo se os sugeta:
un golpe infructuoso y violento
uniria à la madre con el hijo:
la Princesa nos ruega; sus anhelos
nos piden à Leonor, [illegible] que vuelva
à sus brazos, Señor; y por lo menos
que desarmandoos sirva à la que amo,
y pueda lograr de ella los afectos.
Christ. De vuestro influxo, Principe, se abusa,
el ribal de Gustavo debe cuerdo
temer siempre à su madre: lo pasado
pue-

puede bien à los dos servir de exemplo,
y en vos esta imprudencia me sorprende.

Fed. No merece, Señor, nombre tan feo
la generosidad.

Christ. Ella abre à veces
la puerta à la licencia y desenfreno.

Fed. ¿Pero si os obedecen? ¿si os dán gusto?

Christ. La division producirá ese afecto.

Fed. Mis cuidados lo hubieran producido.

Christ. Qué? la inhumana.

Fed. En fin su ódio severo
obteniendo à Leonor se venceria.

Christ. ¿Os han dado palabra?

Fed. Sus afectos
nada me han ofrecido; mas lograrlos
me prometo, Señor, con este precio.

Christ. Principe, ella lo espera muy en vano:
yo soi quien os lo dice.

Fed. ¿Y darla debo
esa triste respuesta?

Christ. Alegre, ò triste
ya lo dige, y os basta mi decreto.

Fed. Yo creí mereceros complacerla.

Christ. A su vuelta del templo bien podremos
complacerla.

Fed. Se trata de una gracia,
no de una recompensa.

Christ. Yo pretendo
hacer una, si dexo la esperanza.

Fed. Mas la Princesa teme, y sus recelos
asegurar, Señor, es necesario.

Christ. La obediencia aseguran estos miedos.
Leonor le inspiraria su arrogancia,
y no ignoramos los furores ciegos
que hicieron vér las dos al despedirse:
por otra parte un amoroso exceso
suele lisongearnos demasiado,
el vuestro un poco credulo y dispuesto
à seduciros puede ser que oyese
aun mas de aquello que decir quisieron;
mucho esperais, pero decid: ¿se pueden
saber esos discursos alhagueños
que en vos han fomentado la esperanza?

Fed. No Señor: me engañé, yo lo confieso:
no soy digno, en efecto de esa gloria;
bien lo conozco: ¿mas por esto debo
no apreciar la equidad, y consultando
à ella sola esperar estos desprecios?
¿y porque oprimirémos la inocencia?
¿el no poder amarme es un exceso
condigno de los males que padece?
yo servi largo tiempo de pretexto:
la Princesa me es grata; si, lo digo:
yo la adoro, Señor, y mis afectos
lo han dicho y lo repiten todavia.
Si ella me amase, el eficáz deseo
del reposo me haria mas temible
de todos los ribales à el mas fiero.
Yo obtendria al precio de mil vidas,
mis derechos: en fin si es en efecto
preciso renunciar à las dulzuras
de una eleccion que aun antes de mi tierno
amor à otro ha querido consagrarse;
con la fuerza y poder nada pretendo.
No quiero que se añadan eslabones
pesados à los yerros que sufriendo
ha estado una captiva digna siempre
del Solio que le roba su hado adverso.
Nada quiero deber à sus desgracias:
yo respeto sus llantos y sus fuegos:
por la ultima vez os lo declaro.
Yo no pretendo nada; nada quiero:
el sacrificio es raro: mas nacidos
para mandar à los demás debemos
ser siempre Reyes de nosotros mismos,
y vasallos tambien al mismo tiempo.
Mas añado, que aunque ella se rindiese
al poder que la oprime, y de mi afecto
legitima à ser vuelva la esperanza;
(como creerlo aun todavia puedo)
una vez que à Leonor por mis oficios
ha pedido; Leonor en el momento
le ha de ser por mis manos conducida.
Vos habeis concluído el himeneo
à mi pesar, y yo demasiado
os he coadiuvado en el intento.
Contenedle, Señor; ò en adelante

no

no pretendais forzárme.

Christ. Satisfecho
quedareis, pues, bien lejos de forzaros,
que este enlace con vos cese pretendo;
y ya debiera haberos declarado,
que el Altar para vos no está dispuesto.

Fed. ¿Y para quien será?

Christ. Para Christiano.

Fed. Para vos?

Christ. Para mi, si, se ha dispuesto
este sagrado Altar: ¿mas que os sorprende?
¿qual otro hay en mi Corte, que debiendo
vuestra fé quedar libre, remplazaros
dignamente pudiese en este empeño?

Fed. A mi cuya desdicha llega al colmo,
aquel à quien adora su fiel pecho
preciso es remplazar; y no conozco
mas que à ella que se halla con derecho
de poder decidir en este asunto.
Christiano, ¿es este el uso que violento
haceis de aquel poder que os he cedido?
¿del trono que ocupais? mis menosprecios
generosos os dán una Corona:
¿os habré abandonado mis derechos
para ver deshonrar los explandores
de una Diadema? ¿para ver gimiendo
al debil, y gemir siempre yo mismo?
yo creí confiandoos el mas regio
deposito sagrado, que la dicha
y el reposo lograba de los pueblos.
Y que? yo he logrado solamente
mi rubor mismo y su suplicio eterno.
¿Pero qué digo? desdichado siempre
aun en mis sacrificios amo ciego
à Adelaida logrando que me estime.
Sobrevivo à un ribal que ama su pecho,
à ser su Dueño todo me convida:
yo le resisto ¿y vos pretendeis serlo?
del precio de este esfuerzo tan vizarro
yo seré mas zeloso: mis afectos
por ella y no por vos se sacrifican:
frivolos no han de ser en este empeño
los auxilios del triste Federico;
ò vos hareis perderme, ò al momento
cumpliré la palabra que le he dado.
Si: con su libertad dareis un premio
à mis grandes y antiguos beneficios,
ò vos os manchareis con el mas feo
y mas atroz de todos los delitos.

Christ. Deteneos: perderos no pretendo
ni temeros tampoco; de mi parte
tambien qual vos de q̃ quexarme tengo.
Dexando à parte ese arrogante tono
con que me osais hablar; decid, sobervio:
¿adonde queriais iros esta noche?
guardias.

Fed. Mi triste suerte bien preveo,
pero aun tengo esperanzas: Cielo justo!
su ruina apresura mi mal fiero.
Los delitos que llegan à su colmo
son seguros indicios: justiciero
à Adelaida protege, y al tirano
confunde y aniquila.

Christ. En improperios
siempre ha sido fecunda la flaqueza.

SCENA III.

Christiano, Federico, Othon, Rodulfo y guardias.

Christ. Othon, seguid los pasos al momento
del Principe: que del se me responda;
Vase Othon.
arrestadle en su quarto. Ya te veo
lleno de admiracion: mas qué? ¿debiera
sufrir que el temerario?

Rod. No habeis hecho,
Señor, lo que sin duda era preciso:
todo me es sospechoso, y à vos serlo
debe tambien; mas lo que me sorprende
vá ahora à sorprenderos: aun no ha muerto
Gustavo.

Christ. ¿Qué me dices?

Rod. Adelaida,
mas luz os podrá dár en un proyecto
perfido, de quien ella vió ahora mismo

el

el complice, ò autor.

Christ. Pues qué? ese fiero
incognito::-

Rod. Señor, él era solo
un indigno impostor, cuyo ardimiento
ha sido favorable à el artificio,
y que despues precipitarlo ha hecho.

Christ. ¡Atreverse à burlar de esa manera
la fé de un Soberano y su respeto!
con qué osadia! ¿pero en nuestras manos
está ya?

Rod. Si Señor, y yo sospecho
ese incognito ser por nuestra dicha
Gustavo mismo.

Christ. ¿Qué dixiste? ¿pero
quien causa tu sospecha?

Rod. En todo el oro
que él ha ofrecido à uno de los nuestros
que guardaba à Leonor: en sus cuydados
por esta prisionera se están viendo
los transportes de un hijo por su madre.
La guarda incorruptible à sus esmeros
hizo semblante de querer oírle,
y ha logrado arrestarle sin estruendo.
Yo le he visto, Señor; sobre su frente
están pintados el feróz despecho,
la rabia ineficáz y la osadia,
en lugar del asombro y del vil miedo.
El permanece siempre sumergido
en un triste silencio, y mientras menos
hablaba, mas se hacia sospechoso.
Pensemos el partido que debemos
seguir, paraque todo se descubra;
si él es vuestro enemigo que su adverso
destino ha colocado en vuestras manos,
pocos son los que pueden conocerlo
de los suyos aqui; pero esos prontos
mas à romper que à confirmar sus yerros:
sin embargo, Señor, es importante
llegar à penetrar este misterio,
pero sin señas de temor.

Christ. Conduzcan
à su madre.

Vase la guardia.

Rod. Se estaba disponiendo
para venir aqui; pero antes quise
venir à daros cuenta del suceso.

Christ. Ordena que al traidor se le conduzca
cerca de este parage, y que al momento
que yo haga una señal se me presente:
Leonor le verá, amigo; si en efecto
él es su hijo, la naturaleza
jamás se explica à medias, y muy presto
esta verdad veremos confirmada;
en los ojos pasmados y suspensos
de una madre asustada en sus terrores
el nombre de Gustavo leeremos.
Que à Casimiro arresten entre tanto:
él nos hace traícion; este suceso
me le descubre, y basta à condenarle;
èl ha empleado siempre sus esfuerzos
à favor de Leonor, siendo contrario
como el Principe à todos mis intentos.
Ella llega; anda, corre, ház lo que he dicho.

SCENA IV.

Christiano y Leonor.

Christ. Vuestro juez ofendido no es severo;
yo quiero disculparos por ahora
vuestros primeros raptos tan violentos;
todo tambien fué licito à los mios;
pero desaprobandolos dexemos
de ser siempre enemigos, y mas cauta
usad de la bondad con que os prevengo;
no hagais alarde de un orgullo indocil
que podria llenaros de desprecios
perdiendoos igualmente con afrenta;
se señala el valor quando obra ciego:
el vuestro va à exponer los bellos dias
de la infeliz P incesa; hasta el extremo
se interesa por vos su amistad tierna;
vuestra suerte es la suya; yo os lo advierto:
pensad Leonor en ello, procurando

salvaros y salvarla ; aun teneis medios
de poder conseguirlo ; prometedme
para con ella vuestro influxo tierno :
que à mis ordenes sea mas sumisa,
reparando por fin lo que habeis hecho :
à este precio consiento el perdonaros,
puedo rendirme y satisfecho quedo.

Leon. No pienses, no, tirano, que mi orgullo
se cansará jamás ; el tuyo fiero
hablando de perdon se satisface,
y el mio en desear desmerecerlo.
Ojala que pudiesen mis cuidados
dañarte tanto como te aborrezco.
Anda ; ya la Princesa está instruída,
y arrostrará tu rabia : mi hado adverso
respirará despues de la tormenta
fijando mi esperanza los aspectos
de mi muerte que estaba preparada.
¿Porque se cambian en el horror fiero
de verte ? qué propones ? inhumano !
¿y qué ofertas pretendes ahora hacernos ?
qué tratados ? nosotras que lloramos,
yo à Gustavo y su padre, y ella un cetro
usurpado à su padre y à su esposo,
solo con vengadores pretendemos
tratar, y del tratado tu cabeza
debe ser el articulo primero.

Christ. ¿Siempre una misma audacia y un lenguage ?
¿y porque de las dos el furor ciego
imputará à mi mano el duro golpe
de ageno brazo y su destino adverso ?
à mis armas legitimas la suerte
quiso favorecer. Su padre mesmo
y tu esposo las victimas han sido.
Yo venci, conquisté ; pero mi esfuerzo
nada ha usurpado en lo que pertenece
à tu hijo : mi brazo ni mi azero
no se miran manchados con su sangre.
¿Soy su asesino yo ? con que pretexto
se me hace responsable de unos golpes:-

Leon. ¿Mereces tu, cobarde, que los medios
usen de Confidente, qué, ¿la sangre
de mi hijo tu brazo no ha cubierto,
y el premio solicita su asesino ?
tus tesoros se abren, y al perverso
cargas de dones y de recompensas ;
tu no ignorabas que pagarlo es serlo
à los ojos de todas las naciones
que te ven con horror ; ¿pretendes necio
justificar tu furia con ardides ?
para justificarte del sangriento
parricidio del misero Gustavo,
señala à el delinquente un digno premio
que del monstruo la sangre derramada
pueda probarme::-

Christ. Y bien, yo lo consiento :
en tu presencia correrá su sangre ;
tu verás si el delito recompenso,
y si soi yo culpable de tus males
à los ojos de todo el Universo.
Venid, Rodulfo.

SCENA V.

Christiano, Gustavo encadenado, Leonor y guardias.

Christ. Observa sus cadenas ;
¿soi digno todavia de tus fieros
baldones ? soi culpable de la muerte
de tus parientes ? si, que muera luego,
y que sean eternas nuestras paces ;
que le inmolen : matadle.

Leon. Deteneos.

Christ. Ah ! él es tu hijo.

Gust. Si, yo soi su hijo :
sin que nadie me fuerze lo confieso :
el interés ageno ha motivado
mis ficciones ; mas ya mi proprio riesgo
me prohibe usar de ellas : yo no pude
temerte para usar de fingimientos.

Leon. ¡Oh sangre ilustre de un amado esposo!
¡hijo de un triste padre en que funesto
estado te devuelve el impio hado
à tu infelice madre !

Gust. Excitad menos,
Señora, una ternura que ahora mismo

de nueſtro mal ha ſido el inſtrumento.
La compaſion un triunfo me ha robado
ya en eſtado, Señora, de volveros
cubierto de laureles y de gloria
un hijo vencedor: mi tierno afecto
no pudo reſolver à abandonaros
en aqueſtos parages, y queriendo
ſalvaros me he perdido à vueſtros ojos.
Dignaos, pues, por premio de mis tiernos
doloroſos cuidados (ſi entre tanto
puede la obligacion pretender premios)
dignaos ocultar vueſtros ſollozos;
ſeamos vencedores por lo menos
de nueſtra ſuerte y de noſotros miſmos.
¿Oſaria ofrecerſe por exemplo
à ſu madre Guſtavo, à quien apenas
pueden mover ſus males y ſus rieſgos?
¿y qué perdeis, Señora? ¿à un triſte hijo
que ya lloraſteis? pero à mi, que viendo
la muerte he eſtado con tranquilo roſtro,
¿qué mortales anguſtias, que recuerdos
deben atormentarme quando eſpire?
yo pierdo con la vida un trono regio,
una madre (que fueran dulces frutos
de indecibles ultrajes y tormentos,)
mi gloria, mi venganza, y finalmente
à Adelaida: dexando en tal tormento
todo en manos:- de quién?

Leon. Ay! ſoſtenedme. *Deſmayandoſe.*

Guſt. Pero que veo, ò Dios! ¡de un mortal velo
ſe han cubierto ſus ojos! ella muere.
Herid, ſoldados, ved aqui mi pecho,
libradme del horror y la ternura
que me infunden tan lugubres objetos.

Chriſt. Baſta; llevadla: vos cuidad ſu vida. *à Sofia.*

SCENA VI.

Chriſtiano y Guſtavo.

Chriſt. Guſtavo, aun no ha llegado el fatal tiempo
en que debeis morir: es neceſario
que antes me deſcubrais vueſtros intentos,
ò fallecer primero muchas veces
en horribles torturas. Di, perverſo;
reſpondeme traidor: ¿qué fin tenian
tus impoſturas? ¿los indignos medios
de la traicion buſcaban tus virtudes?
qué deſignios? ¿qué complices ſangrientos?
qué eſperanza tenias?

Guſt. Si el idioma
de la naturalèza en mi fiel pecho
no me hicieſe eſcuchar ſus dulces voces;
ſi yo abrigar pudieſe acá en mi ſeno
un corazon tan baxo como el tuyo
no ſufriera un diſcurſo tan funeſto:
ſin embargo, conſiento en abatirme
para darte reſpueſta; pero eſto
no es porque te obedezco, ſino ſolo
para tu confuſion y tu tormento:
repara en eſte inſtante mis diſcurſos,
en ellos no hallarás ſino rodeos
muy leves, en los quales otros ojos
que los tuyos verian ſin recelo
ſencilla la verdad y manifieſta;
pero eſta ſed furioſa en que tu pecho
ardia por beber toda mi ſangre,
te los habia cegado haſta el extremo
de admitir el error à que tu miſmo
à mi guſto le dabas un fomento
aun mas que mis ardides y mi aſtucia.
Por lo demás, la empreſa y el proyecto
dirigia el valor: nadie aſeſina
à un enemigo digno de deſprecio;
ya lo dixe: la mano que te hubiera
vencido ſabe ſiempre con esfuerzo
la palma merecer, mas no robarla.
Jamás mi ódio en los cobardes medios
ha querido enſayarſe: gobernando
à mis tropas te hubiera mi ardimiento
robado à la Princeſa, y ofrecido
la victoria, ò la muerte en campo abierto.
Marte decidiria nueſtra ſuerte:
tal era mi intencion; pero el adverſo
deſtino que nos burla, coronando

la injusticia ha frustrado mis intentos.
Tu reinas y yo muero; triunfa en tanto,
mas creeme; tu dicha y tu contento
han de ser cortos: triunfa con espanto:
tanta calamidad, tantos excesos
como sufre Stocholmo, mis cuidados
y mi exemplo tu ruina ya han dispuesto.
A la mia seguir debe la tuya;
y seguirla de cerca: tu eres dueño
de mis dias, y mientras que lo eres
experimenta los remordimientos,
que aun entre los suplicios mi constancia
ha de causar à tu malvado pecho.
Yo diré solamente una palabra,
y es; que complices son en mis intentos,
todos los virtuosos que se cansan
de tus maldades y feroces hechos.
Yo no les soi infiel, ni los descubro,
tu no conoces à ninguno de ellos.
Christ. Esa palabra costará muy cara
à tu infelice patria; en tus esfuerzos
pensando serla fiel, la eres infausto;
à quien todo le llena de recelos,
todo le debe ser indiferente;
la sangre de los miseros Suecos
vá à correr en torrentes derramada,
y la tuya vertida en un horrendo
suplicio será saña del destrozo.
Anda à encontrar en él un fin sangriento:
ola, guardias, llevadle.

SCENA VII.

Gustavo, Christiano, Adelaida y guardias.

Gust. A Dios, Señora,
nunca hubieran creído mis esfuerzos
dexaros de este modo entre cadenas;
tolerád con firmeza el contratiempo.
Adel. ¿Y porque renunciais asi la vida?
aplacaos: Leonor, mi mismo pecho,
todo os convida y vos tan inhumano
sereis:- Señor, con vos nunca podremos.
Arrojandose à los pies de Christiano.
Gust. ¡Adelaida à los pies del homicida
verdugo de Stenon!
Christ. Lo estás oyendo?
¿qué me podeis decir en favor suyo?
Adel. Por quanto en vos tuviere algun Imperio,
compadeceos de mi triste suerte;
dignaos escucharme.
Christ. Vuestro pecho
sabe el precio à que puedo contentaros,
y en vos sola consisten los efectos;
su gracia está, Señora, en los Altares.
Adel. Ordenadle que salga.
Bajo à Christiano.
Christ. Que al momento
le conduzcan adonde tengo dicho;
mas con custodia; y hasta mi orden nuevo,
que en él no se egecute la sentencia.
Hablad, que ya os escucho. *à Adel.*
Gust. Yo no quiero,
cruel, tu compasion: dexad, Señora,
que en mi caigan sus golpes mas violentos,
y sedme siempre fiel. *Vase.*

SCENA VIII.

Christiano y Adelaida.

Christ. Pero entre tanto
deliberád, Señora, bien primero:
la resistencia le ha de ser funesta
à él, y aun à otros muchos; yo os advierto,
que si el hijo perece, tambien debe
morir la madre, que entregada al yerro
y à la llama Stocholmo, en este dia
rebosará con sangre de sus muertos
Ciudadanos: pensad vosotros ahora
mis avisos con todos sus consejos.
Adel. ¡O extremos tristes! ¡ò decreto horrible!
¿jamás se ha de cansar vuestro severo
inflexible furór? ¿mas que razones
os pueden conducir al himeneo

fa-

fatal à que pretendes obligarme?
¿son los derechos de mi nacimiento?
ah! si algunos me quedan todavia
yo los entrego: en este dia mesmo
os los ha confirmado la fortuna;
gozád de ellos: jamás mi tierno pecho
intentó por ventura reclamarlos.
¿Esos mismos derechos tanto tiempo
cedidos al derecho de las armas
tuvieron parte alguna en los excesos
de mi triste dolor y mis suspiros,
y los he deseado ni un momento?
No Señor, la ambicion cesa en el punto
en que reina el dolor de un padre muerto,
la imagen deplorable de un amante,
la muerte atróz, ò el duro captiverio,
su ribal importuno y los horrores
de mi prision llenaban mis afectos.
Sin embargo, Señor, si vuestra alma
aun está abandonada à los recelos,
enviadme à que acabe el resto triste
de mis dias à aquel lugar horrendo
de que me habeis sacado; ò mas suave
terminar si quereis el curso de ellos;
pero no me forzeis à que me cubra
del mas feo delito; à que mi pecho
sea infiel à un amante demasiado
magnanimo y leal, à quien mi afecto
hizo los juramentos mas solemnes,
y aun le nombró su esposo y dulce dueño:
pretenden que Adelaida infiel, perjura::-

Christ. Rompamos de una vez, rompamos presto
un nudo que os impele à esas injurias.
Gustavo va à morir, y vuestro pecho
queda libre al instante con su muerte:
para pensar no os dexo ya mas tiempo:
conspiran, y yo debo à mis vasallos
con su ruina darles un exemplo.
Que se acabe. *A las guardias.*

Adel. Señor, que me conduzcan
al templo: contentád en el momento
à Federico; haced que se le busque,
que venga, y à seguirle me prevengo.

Christ. ¿Y aun le creeis capáz de que os ayude?
pero en vano contais con sus esfuerzos
y mi inculpable apoyo. El insolente
rebelde à mi poder por largo tiempo
ha perdido tambien en este dia
su misma libertad y sus derechos;
sin embargo nosotros, sin que él venga,
celebrar bien podremos este regio
himeneo: venid, venid, Señora.

Adel. ¿Y à quien me destinais? ¿qual es el dueño
à quien vos pretendeis?

Christ. ¿El Norte se halla
sin Reyna y lo pregunta vuestro anhelo?
venid à poner fin à vuestras tristes
desdichas, acercandoos al excelso
y augusto trono de vuestros mayores;
à ocupar su lugar à que partiendo
mi dignidad salveis de su sepulcro
à Gustavo, à Leonor, à vuestro pueblo: *Tocan.*
sino::- ¡mas qué ruído tan horrible
se ha escuchado à lo lejos! el estruendo
redobla, corren: ah! qué infeliz nueva
me vendrán ahora à dár.

SCENA IX.

Christiano, Othon y Adelaida.

Othon. Ganar el puerto
todavia podeis por esta parte:
huid, pues solo os queda en tal momento,
ò la muerte, ò la fuga: Federico
y Leonor, ayudados y encubiertos
por Rodulfo, sobre una nave vuestra
del golpe ya, Señor, no están muy lexos;
mas vos teneis, huyendo sin embargo
con que darles la lei: ese tremendo
partido que os asusta ha conmovido
à un Rey muy poderoso: vuestro esfuerzo
y vuestras armas son las menos fuertes,
ò las mas fieras, ò las de sangrientos
enemigos. Stocholmo abre sus puertas;

el traidor Casimiro que en secreto
buscabamos, se mira à su cabeza,
y en ella se hizo ver en el momento,
que ya toda la plaza estaba llena
de los amotinados y los nuestros,
que apenas resistian sus furores
cedian à su numero el terreno:
para decirlo en fin en dos palabras;
el temible Gustavo tiene el hierro
en la mano; sus golpes huyen todos;
nada le ataja; buela, y ya bien presto::-

Christ. Qué me vea! ¡yo corro à recibirle!
y tu tiembla, cruél! ven que muy luego
pagarás à su vista esa alegria.

Adel. Que él viva, triunfe y muera yo al momento.

Christ. ¡La sacrifico y puedo poseherla!
huye, amigo, con ella, tu Rey mesmo
te la confia. Yo te sigo al punto;
yo huíria de ti; pero muy fiero
y grande en las desdichas, mi osadia
hasta en la fuga señalar intento.

ACTO V.

SCENA I.

Adelaida y Sófia.

Adel. Yo vuelvo à ver la luz, ¿y tu pretendes
que cuide de mi vida? mas que astro
es el que me domina? soy cautiva?
ò soy Reyna? por fin son tus cuidados
dignos de mi cariño, ò de mi ódio?
dime, ¿fueron tus ojos del estrago
y del horror testigos?

Sóf. No, Señora:
confundida y errante este palacio
recorria con temor al tiempo mismo
que ya palida, yerta y espirando
de mano de los fieros vencedores
pasasteis à mis brazos asustados.
Si eran amigos, ò tiranos vuestros
nada pudo observar mi sobresalto.
Leonor en aquel punto fué arrancada
de mi vista; mi susto, vuestro estado,
los gritos repetidos, con los quales
eran los vencedores incitados
al combate; la incierta consequencia
y multitud de los sucesos varios;
no permitieron que de vuestra suerte
me instruyese el ruido y el espanto:
del fuego destruídos, que de lejos
se oía sordamente à mis quebrantos
anunciaban dudosos los sucesos.
Mas la inhumanidad y el triste estado
en que os miré, Señora, fué lo menos
que pude comprehender en aquel caso.

Adel. Tu te estremecerás al escucharme:
los horribles peligros en que he estado
por las orillas cuya superficie
los asperos inviernos han helado
corren mis robadores presurosos;
y cortando sin riesgo los espacios
que dividen la tierra de las aguas
me conducian con ligeros pasos
à la rada en que estaban sus vageles.
Creyendo à Federico habia pensado
hallár en su favor la armada pronta;
pero mientras mas cerca nos llegamos
observo mas perdida mi esperanza.
Todo estaba tranquilo, y yo dexando
lejos de mi à Gustavo y à mi patria
pido à vozes la muerte; mas en tanto
lleno de enojo el Principe apercibe
mis dolorosos gritos y mis llantos.
Desde el palacio en que su diligencia
entonces pretendia hallarme en vano,
me vió, corre à nosotros: nos alcanza,
y se traba el combate: mis cuidados
quieren ganar la tierra, mas la sangre,
el fuego y el horror me lo estorbaron:
la fortuna se burla en la batalla:
la ventaja es igual por tiempo largo
sobre el yelo que ayuda à la flaqueza
y dañoso à la fuerza: à cada paso
es infiel al valor y à las astucias:

entre los gritos del furor y estrago,
y entre los ayes de los que fallecen
un ruído espantoso y no esperado
como anuncio fatal se oye à lo lejos
à nuestros mismos pies y à nuestro lado:
nos amenaza el yelo, se divide
en muchas partes del nevado campo,
se hunde por fin, se abre, se repara,
se quiebra, dividiendose en pedazos
que nadan sobre un golfo en donde todos
nos sumergimos: nada sin embargo
aun que llena de horror, se habia hasta entonces
ocultando à mis ojos asombrados:
pero cubiertos de un funesto velo
desde aquel triste punto no observaron
qual fuese el fin de tanta desventura.
De mi infelice suerte tus cuidados
saben menos que yo, y asi no estrañes
que se aumente mi miedo y sobresalto.
En combate tan fiero y tan sangriento
el Principe tal vez debilitado,
ò quizá ya sin Gefe, nuestras tropas
fugitivas habrán abandonado
estas riberas à su ribal fiero;
y quando me figuro en mis quebrantos
como presa fatal de sus excesos
el horroroso abismo en que recaigo::-

Sóf. No, no, haberse librado de este riesgo
de una dicha segura es buen presagio:
esperadla, Señora, que los Cielos
quando dexan de ser nuestros contrarios
nunca dán incompletos sus favores.

Adel. Ay! ¿pero que pretendes entre tanto
que espere? si logrando libre al hijo,
que llore por su madre es necesario?
que páz puede ofrecer esta victoria
à mi corazon triste, si Christiano
del vencedor escapa y se liberta?
¿si Leonor queda en manos del tirano?
Leonor, à quien yo debo en mis desdichas
mas que à mis mismos padres? ¿que ni estragos
ni prisiones temió por asistirme?
y lejos de la qual mi amor infausto
escasos atractivos tendrá siempre:
su sangre pagaria en este caso
nuestro contento: y yo vivir podria!
el ruido de las armas ha cesado:
ya estará decidida nuestra suerte.
¿Mas quién viene hácia acá? ¡crueles hados!
yo tiemblo: Casimiro, ¿porque causa
huyes de mi presencia? ¿qué ha llegado
nuestro mal à su colmo en este dia?

SCENA II.

Adelaida, Casimiro y Sófia.

Cas. Vos subireis, Señora, al solio sacro
de vuestros padres.

Adel. ¿Pero en el mi pecho
deberá apetecer antiguo estado?
y Gustavo? y Leonor?

Cas. Vencido queda
el poder formidable de Christiano.

Adel. Y yo vengada?

Cas. No: pero muy presto.

Adel. Nada habeis hecho en fin.

Cas. Viendo Gustavo
esca par al traidor que desde lejos
enmedio de las hondas despreciando
está al presente nuestros fieros golpes,
corria presuroso y denodado
hácia nosotros; pero detenido
por algunos furiosos, que insensatos
menosprecian la vida à cada instante;
vencer y combatir le es necesario:
anda, amigo, me dice: en el momento
librame del mayor de mis cuidados.
Yo presto venceria à estos cobardes;
mas mi madre en la torre está entre tanto
gimiendo encadenada: corre presto:
libraIa de la muerte y del espanto:

y para dár aliento à ſus temores
dila el feliz eſtado en que me hallo:
le dexo, y corro mas deſde la orilla
ſobre un vagel que ya ſe iba acercando
hácia la playa: abſorto, triſte objecto!
eſpectaculo atróz donde inhumano
triunfa el delito impune à nueſtros ojos!
obſervo que Leonor ſobre lo alto
de la popa cargada de cadenas
ya los pies abatida de Chriſtiano,
con la mano ſinieſtra la tenia,
y con la otra el hierro amenazando
traſpaſar vengativo ſu garganta:
à eſte aſpecto ſe extienden nueſtras manos
hácia él, y del pueblo conmovido
llegan los gritos haſta el Cielo Santo:
el golpe ſe ſuſpende por una hora,
y en un dardo arrojado nos hallamos
eſte villete.

Adel. Ah! yo bien comprehendo
la eleccion que nos dexa!

SCENA III.

Guſtavo, Adelaida, Caſimiro, Sófia y Soldados.

Guſt. Retiraos,
A los ſoldados mientras Adelaida lee.
ſoldados, y que ceſe la venganza:
que ſe conozca el triunfo de Guſtavo
en que la ſangre vil de los traidores
ſea precioſa en eſte dia infauſto:
A ella que eſtá como ſumergida del dolor.
ò favor que del Cielo yo no oſaba
caſi eſperar! ò quantos holocauſtos
le deberé ofrecer! bella Adelaida,
vos vivis? ¿y por medios no eſperados
ha contentado Sófia mis deſeos?
vos vivis? ¡de que fiero ſobreſalto
mi corazon ſe libra! en qué horroroſa
ſituacion os habia abandonado
por correr à fijar las conſequencias
de un ſuceſo dudoſo valanceado
por los tiranos à quien finalmente
vueſtras armas vencieron y alejaron!

Adel. Ay!

Guſt. La venganza fuera mas completa
ſi él perdieſe la vida con el mando;
pero yo me veía combatido
à un tiempo de cuidados los mas ſantos:
yo debia ſervir mutuamente
à la naturaleza y amor caſto.
Mi madre y vos habeis favorecido
ſu fuga: por las dos mi fiel cuidado
detenido no pudo perſeguirlo:
mi triunfo fuera inutil ſin ſalvaros.
Yo os veo en fin, reſpiro, y no me queda
para gozar ſin mezcla de quebrantos
eſte grato favor mas que aplaudirlo
de mi querida madre entre los brazos.
Veamosla, qué gozo! qué fortuna
deſpues de tantos males y trabajos!
mas ò Dios! ¿que me anuncia eſte ſilencio?
¿yo no eſtoi viendo mas que triſtes llantos?
¿vos que la ſocorriais, reſpondedme,
Sófia? decidme, Caſimiro amado;
todos callan, qué? nadie me reſponde?
ay! mi madre murió? crueles hados!

Adel. Leonor vive, Señor.

Guſt. ¿Y porque todos
eſtais gimiendo?

Adel. Ved el inhumano
ſacrificio que exigen de vos miſmo
en eſte dia de dolor y llanto.
Le dá el villete.

Lee Guſt. O ſerás parricida en el momento
ò aplaca mi furor; en fin, Guſtavo,
paraque elijas te concedo una hora:
pienſa en tu amor y en tu deber ſagrado,
ò dame à la Princeſa; ò à tu viſta
dará el golpe à tu madre mi cruel brazo.

Rep. ¡Quando el barbaro huía la llevaba
en ſu poder!

Caſ. Señor, deſde lo alto
de eſte miſmo palacio podeis verla

el

el cuchillo se observa levantado
sobre su pecho.

Gust. ¡Qual merece ò Cielos !
de las dos vuestro apoyo soberano ?
¡dos veces me es fatal en este dia
la lastima !

Adel. Señor , en tal quebranto
era el Principe solo nuestro alivio.
Todo mi amor pudiera aun esperarlo
de su alma generosa ; y yo corriera
à arrojarme à sus pies sin sobresalto
si vos tubieseis este ribal solo.

Gust. Solo ? pues que , Señora , ¿aqueste cambio
no tiene por objeto à Federico ?

Adel. No Señor.

Gust. Pues quién es ?

Adel. Es el tirano.

Gust. Christiano ?

Adel. Si Señor ; Christiano mismo;
quando esperabais sobre el cadahalso
la muerte , supe yo por mi desdicha
este golpe postrero de los hados.

Gust. De este modo tampoco sois vos misma
quien entregar , Señora , es necesario :
à mi pecho le toca saciar solo
este ciego furor que le ha inflamado :
anda à encontrarlo , amigo , y solicita
saber si lo consiente el inhumano :
mi madre es de su rabia un inocente
triste objeto ; que acepte pues en cambio
al ribal que detesta..

Cas. ¿Yo pudiera
admitir un empleo tan infausto ?
para un orden, Señor, que os perjudica
todo vuestro poder es limitado :
por no oirla de vos me voi huyendo. *va.*

SCENA IV.

Gustavo , Adelaida y Sofia.

Gust. Solo el triste socorro de Gustavo
à mi madre le queda ; bien lo veo.

Adel. Ah ! ¿donde vais, Señor , precipitado ?

Gust. Adonde me lo ordena la mas santa
de las obligaciones.

Adel. Insensato,
¡la obligacion te ordena que perezcas
sin que tu muerte pueda libertarnos ?
¡piensas tu que podrá jamás la madre
vivir , muerto su hijo desdichado ?
¡que tu esposa vacile ni un momento
seguirte à los parages mas infaustos ?
¡que la quede un refugio en otra parte
que en tus helados y difuntos brazos ?
¿y que si asi me dexas no me entregas
à las mas fieras y sangrientas manos ?
¡mas que será de mi , si en este dia
derramarse tu sangre es necesario?
¡quién pretendes , cruel ? ¡si te parece
que me defienda contra el temerario
y barbaro enemigo que me oprime,
y el golpe à egecutar determinado
de que tu corazon se ha extremecido ;
si él se endurece fiero è inhumano
con esta imagen , ò si tu no temes
mis ultrages corriendo à el cadahalso ;
libra à tu patria de tan tristes males:
qué? piensa al menos los horribles daños
que le vas à causar con tu ruina :
tu valor no podrá mas que aumentarlos:
la crueldad sin sugecion , ni freno
arruinará sus diques , y juntando
los feroces deseos de venganza
derramará la sangre que han dexado
en aquestos parages sus excesos.
¡Amante poco tierno y despegado !
victima y vencedor vituperables !
¡apoyo injusto , inutil holocausto !
que solo escuchas tus furores ciegos ,
anda à perder à un tiempo , temerario,
Reyno , patria y victoria con la vida.

Gust. Yo seré si lo quieres en tal caso
un vil apoyo , un vencedor injusto,
un inutil y debil holocausto,
un amante furioso y poseido
de un pesar que le arrastra voluntario :
pero yo no he de ser un hijo indigno,
tibio , insensible , fiero è inhumano :
à quien me dió la vida se la vuelvo :
yo viviria con eternos llantos
y deborado de remordimientos,

si despreciando este deber sagrado
por falta de una oferta tan preciosa
cayese el golpe que mi pecho incauto
debió preveer, y que mi triste madre
sobre su cuello mira levantado
por sola culpa mia, que vos misma
quereis participar con un estraño
esfuerzo varonil; y finalmente
que en la esperanza de un odioso cambio
en mi resolucion y mi conducta
los ojos de dos pueblos ha fijado.
Justicia, amor, honor están pidiendo
que yo me sacrifique; sin embargo,
animád à mi madre à que os conserve
la vida, y enjugandola los llantos
abridla cariñosa vuestro seno:
una à otra, Señora, consolaos
mutuamente: en fin por Stocholmo
y por vos cesar debe el sobresalto:
yo os dexo enmedio de un dichoso pueblo
con exercito fiel, de quien mis lauros
os han hecho murallas invencibles:
mi corazon penetran entre tanto
vuestras miradas tristes, y el mas tierno
amor me manifiesta el precio alto
de la vida que pierdo; mas con ella
à mi madre y mi patria habré librado:
yo os habré colocado sobre el trono
quando os dexo, y muriendo tan ufano
y tan glorioso moriré contento:
un abandono infame è inhumano
ya à mi me imputan todos y no debo
detenerme: la victima temblando
está à vista del hierro cada instante
que se tarda con vos mi amor tirano:
à quien debo la vida doy la muerte.
A Dios, Señora.

Sóf. Detenedle.

Adel. En vano
lo esperais.

Gust. Santo Cielo! mas, Señora,
¿qué pretendeis de mi? ¿que dexe ingrato
perecer à mi madre? no es posible.

Adel. No, Señor, mas siguiendo vuestros pasos.

***

SCENA V.

Gustavo, Adelaida, Leonor y Sófia.

Leon. En fin habeis triunfado, hijo querido;
el momento ha llegado de vengarnos:
al termino llegaron nuestros males.

Adel. Ay! Leonor estimada, quantos llantos
iba à costar à todos vuestra vida!

Gust. ¡Y que feliz prodigio no esperado
ha hecho cesar, Señora, nuestro susto!

Leon. Ojala quiera el Cielo sacro santo
que este caso intimide para siempre
à los Reyes crueles que tiranos
fundan en la violencia sus derechos!
de una esperanza debil adulado
Christiano, ò prefiriendo la venganza
à el amor, alentaba temerario
los marineros con la voz y el ceño:
se acerca hácia nosotros è inhumano
iba à teñir las aguas con mi sangre;
quando un rumor furioso y no esperado
le detiene y asusta: Federico
y los mas nobles Gefes à su mando
se acercaron bolando presurosos
à nuestro bordo con espada en mano:
embisten el combés donde yo estaba
esperando la muerte: castigado
el perfido Rodulfo muere à vista
de su dueño cruel cuyos mandados
habia obedecido ciegamente.
Llega à mi el nuevo Rey, y avergonzado
de verme tan cargada de cadenas
quiso él mismo romperlas con sus manos:
por primicias (me dixo) del supremo
poder que en mi la suerte oy ha fijado
os restituyo à vuestro ilustre hijo;
que su esposa me ame, y entre tanto
que à este precio me estime; id pues, Señora,
sed de la paz el cange mas sagrado:
de aqui me alejo para establecerla,
y para que se ocupen mis cuidados
en el gobierno y dicha de mis pueblos.

A

A estas tiernas palabras exalando
un suspiro; me dexa: vuelve pronto
à sus vageles; marcha, y sin embargo
ordena que conmigo se conduzca
à estos parages el feróz tirano
que en ellos ha sembrado los destrozos.

SCENA VI.

Gustavo, Adelaida, Leonor, Casimiro y Sófia.

Cas. En este dia tan afortunado
renace nuestra dicha y alborozo:
cargado de cadenas va Christiano
à parecer delante de vos mismo:
ya con su sangre vil habia manchado
al punto estas riberas: y furioso
el pueblo ya lo habria asesinado
sino fuera privaros del contento
legitimo de hacer que con su estrago
igualeis el castigo à sus delitos:
él habia ordenado el aparato
de una muerte afrentosa, y de vos mismo
recibirá el decreto que habia dado.

Sale Christiano encadenado.

Gust. Que espectaculo, ò suerte! asi mudable
algunas veces tus caprichos vanos
mides con la virtud y la justicia!
trigre feróz, afrenta, horror, escarnio
vil desecho del Norte, y su deshonra
repara bien, observa en quales manos
te ha colocado tu infeliz destino:
en que tribunal (fiero) te ha obligado
à presentarte: barbaro, levanta
esos crueles ojos à estos sacros
lugares en que te hablo como dueño:
mas levantarlos debes con espanto:
vé aqui el teatro atroz de tus maldades,
¿quién te podrá librar, monstruo inhumano,
de los golpes fatales que recelas?
estos marmoles yertos y profanos,
estas bobedas tristes, estos muros,
la sombra de mi padre desdichado,
la sombra de Stenon, y aqueste resto
de una ilustre familia están clamando
por tu pronto castigo en todas partes.
Dime, ¿en estos parages miras algo
que contra ti no pida la venganza?
de ellos tu crueldad ha desterrado
la clemencia, y los ecos de la rabia
solo aqui se escucharon tiempo largo:
este dia, la hora y el instante
contra la furia están atestiguando:
contra mi madre y sobre mi cabeza
tu feroz hierro he visto levantado.
Tambien temió la Reyna otras acciones
mas crueles y horribles.

Christ. Dexa vanos
discursos: tu ser debes inflexible;
¿piensas moverme con asegurarlo?
tu, cuya compasion aumentaria
mi terrible despecho, ya vengado
deberias estár:- yo me baldono,
tu vida y no mi furia, en fin triunfando
Gustavo, yo merezco los suplicios:
tu ves quanto un instante me ha trocado:
aprovecha el exemplo, y que tu rabia
se satisfaga al punto con mi estrago.

Gust. Da otro nombre mas digno al ódio justo
à que la equidad misma me ha obligado:
si; yo la satisfago y te perdono:
sobrevive à la pérdida de tantos
bienes como roba un enemigo;
y que el remordimiento y los quebrantos
llenen tu corazon y le deboren.
Goza la libertad y despreciado
en todas partes, y exsacrable siempre,
en todas has de ser desventurado
como un cautivo que por sus delitos
el suplicio tras si lleva arrastrando,
y que es su precipicio el mundo entero:
yo te doi el cuidado de su embarco,
Casimiro, que parta y que al instante
quede limpia esta orilla del tirano
monstruo: y nosotros, adorada esposa,

despues de un cautiverio dilatado
vamos à que se cambien las cadenas
en mas estrechos y gustosos lazos;
y à reparar los males que Stocholmo
sufriendo à estado por tan largos años.

Christ. Monstruo soi de rigor, horror y furia;
y pues que tus intentos se han logrado,
me averguenzo deberte à ti la vida:
no la quiero si viene por tu mano.
Y tu, instrumento horrible de mi saña,
que de sangre real estás manchado,
escondete en mi pecho donde veas
el corazon mas duro de un tirano.

F I N.

Barcel. En la Imprenta de Carlos Gibért y Tutó, Impresor y Mercader de Libros.

